

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

FERNANDO EL PESCADOR O MÁLAGA Y LOS FRANCESES.

Drama en tres actos y diez cuadros, original de D. MANUEL TAMAYO y BAUS, admitida para su representacion en el teatro del Drama, el año de 1849.

PERSONAJES.

FERNANDO.	DOÑA MARIA.
GUILLERMO.	BARBARA.
CARLOS.	PRUDENCIO.
TIBURON.	OPICIALES.
DON ALVARO.	UN CARCELERO.
UN CAPITAN.	UN SOLDADO ESPAÑOL.
UN FRANCÉS.	UN JUEZ.
ANTOÑELO.	PEDRO.
UN HOMBRE DEL PUEBLO.	UNA MUGER.
TRES CONJURADOS.	

Málaga es el lugar de la accion.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

UNA LLAVE.

Una calle: casas á uno y otro lado, una de ellas practicable. El mar se divisa en el fondo con algunas lanchas.

ESCENA PRIMERA.

TIBURON y cuatro marineros.

TIB. Si, hijos míos; la muerte es el único recurso que nos queda á nosotros los verdaderos españoles, y así bueno será morir matando. Málaga, nuestra querida Málaga, es tambien presa de esos condenados franceses, que se han hecho dueños de España toda por la razon de la astucia y de la fuerza. Pero á fé á fé que no se dirá que no hemos sabido luchar. Hasta armados con palos y cañas salimos á oponernos á la entrada del extranjero. ¡Mil andanadas! Era un ejército aguerrido y numeroso. Noso-

tros un tropel de hombres en desórden, sin armas, y sin disciplina. Conque á ver si logramos nuestro objeto. Emboscaos por esas calles apartadas del centro de la poblacion, y echad á pique al primer franchute que pase por ellas. Si alguno de vosotros fuese perseguido, vea de salvarse en esa lancha. Manos á la obra, y una ballena se trague al que no contribuya por su parte á la estirpacion total de esos pescados indigestos. Bien sé que esto es cosa de mas de un día, pero ya lo sabeis, muchachos, con paciencia se gana el cielo. No direis que Tiburon ha dejado de ser lo que era cuando mereció tal apodo. Vamos, hijos, vamos; y viva la independendia. (vase seguido de los marineros por la izquierda.)

ESCENA II.

El EMBOZADO y GUILLERMO, dan las siete en un reloj.

Gui. (pugnando para ver el número de la casa de la izquierda.) Número 50; apenas se distingue con la oscuridad...

Em. Me han dicho que ha pocos días se ha mudado á este apartado arrabal. Y no hay duda ese debe ser el número 50. (va á acercarse á la casa y ve á Guillermo.) ¡Ah! Qué mirará ese hombre?

Gui. Qué buscará ese hombre? (el Embozado se aleja.) Ah! se retira... Esperemos. Quizá hallo un medio ..

Em. Pues no se vá; y con que atencion mira la casa! Qué significa esto, Dios mio?

Gui. Pues lo que es yo no me voy.

Em. Aquí me quedo. (oyense gritos lejanos.)

Gui. Qué será esto? (sale un marinero joven, arroja al suelo un puñal ensangrentado y salta precipitadamente á la lancha, y remando con toda su fuerza se aleja de la orilla.)

EMB. Ese pescadoreillo acaba de dar las buenas noches á algun extranjero. Si, no hay duda, le vienen siguiendo soldados franceses. *(entran corriendo tres soldados franceses. Ven que el marinero se aleja y le hacen fuego.)*

PES. Ya lo veis, francabutes; me he tragado las balas. Viva la independencia!

FRAN. 1.º Oh! *(reparando en el embozado.)* Quesqu tu faces lá?

EMB. Eh! dejadme en paz. *(sale por la derecha.)*

FRAN. 1.º Y tu Sanyble! Respond móa. *(Guillermo deja ver un uniforme francés.)* Ah! pardón Mo-siú. *(se retira haciendo una profunda reverencia.)*

ESCENA III.

GUILLERMO, ANTOÑUELO, *después el EMOZADO.*

GU. Bien haya este acontecimiento que me libra de ese importuno. *(la puerta de la casa empieza á abrirse.)* Se abre la puerta. *(retirándose un poco.)*

EMB. Observemos.

ANT. Me despiden! *(sale de la casa y vuelve á correr.)* Me echan á la calle. Y á dónde voy á dar ahora con mis huesos, sin un cuarto en el bolsillo, despedido y sin dinero!

GU. Buen hombre! *(acercándose.)*

ANT. Quién?... ¡Ah! Caballero!..

GU. Te lamentabas de tu suerte.

ANT. Si señor; acabo de ser despedido por mi ama, cuando solo hace tres días que estoy en su casa; y por qué motivo? Porque me gusta mas dormir que trabajar.

GU. Y quién es tu ama?

ANT. Doña Maria de la Vega.

GU. (Ella es.) Y se halla sola en este momento?

ANT. Solo con el mandria de su mayordomo, y con la muger de su mayordomo. Pero esas preguntas...

GU. Introdúceme en esa casa, y tuya es toda la plata que contiene ese bolsillo.

ANT. Con mil amores. Justament tengo aun aqui la llave de mi cuarto; que abre la puerta de la calle sin la menor dificultad. Os dejo en el jardín, y me vuelvo en seguida...

EMB. Vuelve.

GU. Tuyo es el bolsillo. *(se le entrega: Antoñuelo abre la puerta y ambos entran.)*

ESCENA IV.

Dichos: luego TIBURON y un francés; después ANTOÑUELO.

EMB. El corazon quiere saltárseme del pecho! No puedo comprender... Haga el cielo que vuelva pronto ese hombre.

VOCES. ¡tuye, huye, Tiburon.

EMB. ¡Tiburon! Será él? *(Tiburon sale perseguido por un francés; cuando este va á hacerle fuego el Embozado dispara una pistola y el francés retrocede herido y cae en el bastidor.)*

TIB. Me habeis salvado la vida! Avisadme cuando necesiteis la de Tiburon el marinero.

EMB. El es! Estamos en paz.

TIB. En paz!

EMB. Si, tú salvaste la mia en otro tiempo. Mirame bien! No me conoces, Tiburon?

TIB. No!

EMB. Abre:zame.

TIB. Si, por San Telmo!

EMB. Aprieta! Y ahora me conoces? No te acuerdas de una noche en que tu... *(se abre la puerta de la casa.)*

TIB. Oh! serás...

EMB. Calla. Déjame.

TIB. Pero...

EMB. Si; yo soy, mi antiguo camarada. Déjame.

(Antoñuelo sale de la casa y se aleja.)

TIB. Te volveré á ver...

EMB. Hasta mañana, Tiburon. *(vase este.)* Eh!

buen hombre! *(corriendo.)*

ANT. Quién me llama?

EMB. Una persona que no trae vacíos los bolsillos.

ANT. Aquí me tenéis.

EMB. Guarda esa moneda y contéstame.

ANT. Preguntadme hasta mañana.

EMB. Cómo se llama la señora que vive en esa casa?

ANT. Doña Maria de la Vega.

EMB. En cuánto tasas tú el valor de la llave que tienes en el bolsillo?

ANT. Y vos, en cuánto la tasas?

EMB. Bien vale esa llave este puñado de oro.

ANT. Tomad la llave. *(dándosela.)*

EMB. Toma el oro. *(dándoselo.)*

ANT. Buena se va á armar. *(vase corriendo.)*

EMB. Todo lo sabré. *(dirijese á la puerta, mete la llave en la cerradura y cae el telon.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

UNA REVELACION.

Una sala baja. Por la puerta del fondo se divisa un inmenso jardín sumergido en la oscuridad. Puertas laterales, Una mesa á la izquierda, un sillón á su lado. Una bujía colocada sobre la mesa alumbrá el teatro.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO MEDRANA y DOÑA BARBARA GALLARDO.

BAR. Per es posible que no te irrites al pensar en esto? Oye, Prudencio. Yo quiero que tu seas valiente: que te muestres digno de la esposa que el cielo te ha dado. No siento mas que no haber nacido hombre: ya verian entonces esos picaros franceses lo que era bueno. Pero si todos los españoles fuesen como tú... *(Prudencio que estaba tendido en un sillón se ha dormido y en este momento ronca.)* Condenado, te has dormido? Prudencio? *(gritandole fuertemente al oido.)*

PRU. Eh! qué es eso? Si te estoy oyendo, muger. Deciamos que el honor y el deber... y sobre todo, aquello de... la independencia!... *(vuelve á quedar-se atetargado. Bárbara le grita al oido.)*

BAR. Prudencio! Prudencio!!

PRU. Dios me valga!

BAR. Mira que si llevo á encolerizarme...

PRU. Si tu eres un cólera perpetuo!.. Vamos, qué quieres? *(levantándose.)*

BAR. Quita, no te acerques á mi, te aborrezco!

PRU. Pero Bárbara... Voy á darte gusto. Viva la independencia nacional! Muera los franceses... No es esto lo que quieres? Estás contenta? No dirás que no es valiente tu marido.

BAR. Sí, muy valiente... pero esos gritos tienen un eco aqui... en el fondo de mi pecho... que

ya estoy llena de gozo y te permito que me des un abrazo.

PRE. Si, esposa de mi alma. (la abraza.)

BAR. Serás bueno? Tendrás valor?

PRE. Vaya!

BAR. Voy á pedirte un favor, pichoncito mio.

PRE. Habla, paloma mia.

BAR. Mira... quiero que conspires...

PRE. Jesus! Tú estas empecatada! Yo conspirador! (separándose.)

BAR. Pues ya se vé! Conspirar para salvar la patria!..

PRE. O para ser aborrecido, que sería lo mas probable.

BAR. Lo mismo dá! En cumpliendo con el deber... Veo que ya á ser necesario que nos divorciemos...

PRE. Divorciarnos!.. Vamos, tu quieres apesadumbrarme!

BAR. Pues conspira!

PRE. Enhorabuena! Conspiraremos aqui los dos solitos. Verás, verás que buenas cosas disponemos... De seguro salvamos la patria como tú dices.

BAR. No se trata de eso, sino de ir á una parte que yo sé, para hacer inscribir tu nombre en la lista de los conjurados.

PRE. Muger, muger!..

BAR. El señor Carlos es uno de esos conjurados. (bajo con misterio.)

PRE. Qué dices?

BAR. Lo que oyes. Desde hace diez días él y algunos de los gefes de la junta que se formó para impedir la entrada en Málaga de los franceses, se reunen secretamente todas las noches, de la una en adelante en el barrio de la Trinidad, calle de Mármoles, y creo que no esta lejos el dia venturoso en que nos hemos de ver libres de tiranos.

PRE. Pero es eso verdad?

BAR. Tan verdad, como que tú eres un cobarde.

PRE. Y cómo sabes tu esas cosas?

BAR. Oh! los verdaderos patriotas tenemos un oflato privilegiado. Conque á lo que importa. Es preciso que conspires. Lo quiero yo, tu esposa.

PRE. Pues yo, tu esposo, me niego á obedecerte á ti mi esposa.

BAR. Tu eres español?

PRE. Yo soy mayoromo y nada mas, y harlo tengo con mis cuentas.

BAR. Bien; nos divorciaremos. Yo no quiero tener á mi lado á un hombre que es menos que una muger.

PRE. Ni yo á una muger que es mas que un hombre.

BAR. Usted debia llevar un traje con faldas.

PRE. Y usted pantalones, y un fusil al hombro.

BAR. Cobarde, mal español.

PRE. Usted me insulta.

BAR. Yo hago lo que me da la gana.

PRE. Cuidadito con la lengua.

BAR. Punto en boca, señor gallina.

PRE. Doña Bárbara Gallardo!!

BAR. Don Prudencio Medrana!!

ESCENA II.

Dichos, DOÑA MARIA y DON CARLOS.

MAR. Qué es eso? Qué significan esas voces?

PRE. No es nada; señora, sino que ..

MAR. Siempre lo mismo. Hace ya algunos dias que no reina un momento de paz entre vosotros. Vamos, decidme, habeis despedido á Antolinelo?

PRE. Si señora, si.

MAR. Pobre muchacho.

BAR. Era un bribon, señora.

MAR. Retiraos, mis buenos amigos, y no acibaréis la dicha que os rodea con disgustos y injustificados. Podeis regresar al reposo. Ya no os necesitamos.

PRE. Conque ya lo oyes, vamos á acostarnos.

BAR. Lo que es esta noche, dormirás solo.

Los dos. Buenas noches, señora.

MAR. Hasta mañana, amigos míos.

ESCENA III.

DOÑA MARIA y DON CARLOS.

CAR. Madre mia, cumpleme tu oferta.. Vencida ayer por mis ruegos decidiste hacerme esta noche esa revelacion porque tan largos años he suspirado. Tiempo es ya de que se rasgue el velo misterioso que envuelve mi existencia, tiempo es ya de saber quien fué mi padre.

MAR. Firme era mi resolución de no revelártelo nunca, pero tus ardientes súplicas, y sobre todo el peligro de muerte en que me he visto en mi última enfermedad, me han decidido á rasgar tu corazón con las palabras de mis labios. Si, hijo mio, ya quebranté el propósito de que nunca supieses que yo era tu madre; quebrantemos aun los mas sagrados. Escucha, pues lo quieres.

CAR. Hablad, hablad, madre mia. Valor hay en mi pecho para todo.

MAR. Yo fui confiada á un anciano y honrado pescador, cuando apenas tenia dos años. Viví á su lado feliz, y en cuanto mi pecho supo sentir y amar, amé á su único hijo. Solo tenia cuatro años mas que yo; era honrado, bueno cual ninguno, valiente; su semblante hermoso, su corazón mas hermoso que su semblante. Fué el primer hombre que vi en el mundo, el único á quien he amado y amaré durante toda mi vida.

CAR. Oh! segnid.

MAR. Aun era yo una niña cuando Fernando rogó á su padre que le permitiera casarse conmigo; el buen anciano que solo habia visto en nuestro cariño un cariño fraternal, se sintió herido por el rayo; nos dijo que habia jurado no disponer de mi hasta que yo tuviese veinte años; y sin detenerse ni momento, me separó del lado de su hijo; pero separar dos corazones que se amán, es como unirlos con lazos mas estrechos. Fernando y yo logramos vernos, nuestro amor inocente hasta entoncez, dejó de serlo; y tú viniste á inundarnos de luz y á unirnos en un mar de ansiedad y de zozobras: fué preciso ocultar la existencia como lo habia sido la de tu madre. En la noche del 26 de octubre de 1796, noche en que el cielo se deplomaba sobre la tierra en torrentes de pedrisco y en raudales de fuego, vi entrar en la cabaña que yo habitaba al padre de Fernando lleno de alegría y de ansiedad, y estrechándome en sus brazos me dijo: ven, tu padre te aguarda en mi cabaña, tu padre que vuelve á hacerte tu-

to bien como mal te habia causado basta ahora. Los dos nos lanzamos en busca de mi padre; y escucha, escucha, Carlos, y estremécete de horror.

CAR. Calmaos, madre mia!

MAR. Aquel dia habia sido horrible para Fernando y para mi; debiamos una suma muy considerable para nosotros á la mujer á quien estabas conñado, y que despiadada queria abandonarte, cuando eras presa de una enfermedad horrible; ademas, los médicos que se habian visto burlados, no acudian á nuestras voces, y tu muerte era casi segura. Pues bien, ya te he dicho que mi padre se habia quedado esperandome en la cabaña del anciano. Fernando que en todo el dia habia parecido por ella, cuando llegamos, tenia en la mano un cuchillo ensangrentado, y mi padre yacia espirante con el rostro vuelto al suelo. Aqui teneis á vuestra hija, exclamó el anciano al entrar, antes de haber podido reparar en este cuadro. Mi hija, dijo el moribundo, no veo, no puedo verla; y él, él me ha asesinado para robarme, continuó; y alargando al anciano pescador una cartera, lanzó su último suspiro. Asesino, gritamos el anciano y yo á Fernando; y Fernando lanzando un grito que aun resuena en mis oidos y me hiela la sangre, salió corriendo de la choza, sobió á lo alto de un peñasco, y en seguida oimos el ruido que hizo su cuerpo al sumergirse en el mar. El anciano y yo caimos de rodillas.

CAR. Basta, madre mia; eso es horrible.

MAR. Abrázame y nuestras lágrimas...

CAR. Yo amo á mi padre, mi corazon me dice que debo amarle.

MAR. Ay Carlos, tambien te amo yo. Ya puedo confesarlo despues de diez años de dolores y penitencias!

CAR. Ay! somos muy desdichados!

MAR. Se conoce que tu alma no está acostumbrada á la desgracia como la mia. Cálmate y escucha, hijo mio. Aquella cartera contenia papeles en que el conde de Torrefiel, mi padre, me reconocia como á hija suya, y como á su única heredera. Su esposa habia muerto en país extranjero sin haber sido nunca madre, y él volvía á su patria para hacerme tan feliz como desgraciada habia hecho á la que me dió el ser.

CAR. Mas el apellido que yo llevo..?

MAR. Es el de tu padre. Al mes de tu nacimiento te reconocí como hijo suyo. El cadáver del conde fué conducido á tierra sagrada con el mayor sigilo, y como acababa de llegar de lejanes países, nadie le conocia, y este es un secreto que solo nosotros hemos penetrado. El anciano pescador succumbió pronto al peso de los años y de sus pesadumbres. De modo que yo me vi soa contigo en el mundo. Huimos lejos de Málaga, y vivimos en un pequeño pueblo ignorados completamente, á pesar de que nuestras riquezas son inmensas y muy ilustre nuestro titulo. Hace tres meses que me vi precisada á volver á Málaga para arreglar asuntos de que dependia parte de nuestra fortuna: hace uno que has venido á reunirme con tu madre, y cuando iba calmándose la tormenta de mi vida, se despierta en tu pecho el amor á la patria y tomas parte en esa conspiracion con-

tra los franceses. (el Embozado aparece en la puerta del foro.) y ni los ruegos de tu madre, ni sus lágrimas, ni su desesperacion, pueden apartarte del sendero de muerte que has pisado. Compadéceme. Oye la mujer mas desgraciada de la tierra. (se oye un reloj.)

CAR. Oyes? las diez; déjame; esta noche mas que nunca necesito reunirme con mis amigos! Pensar en mi patria, en la venganza... qué se yo, déjame. Una ansiedad mortal oprime mi corazon. Abrázame, madre mia. Horrible ha sido tu revelacion. Un cuchillo de hielo atraviesa mi corazon! Derrama sobre él tus últimas lágrimas, y que mañana al nacer el sol vuelva á ver tus ojos arrasados en llanto. Tu existencia y la mia estan conenadas á un dolor profundísimo y eterno. Acompáñame. No temas; todos estan ya acostados, y sabes que todas las noches salgo conducido por ti sin que nadie me vea. Pobre madre mia!

MAR. Hijo del alma! (salen por la puerta izquierda del segundo término: doña Maria se lleva la luz.)

ESCENA IV.

El EMBOZADO, GUILLERMO, oscuro.

EMB. Una conjuracion, Dios santo! Es preciso buscar un medio para averiguarlo todo. Quién será ese hombre que ha entrado antes que yo en esta casa y que estaba oculto como yo en el jardin.? Entremos en este cuarto, y veamos qué quiere decir esto. (entra en el cuarto izquierda primer término.)

GUI. Ya no hay nadie; bace rato me he acercado á esta puerta y he oido hablar. Seria ese mayordomo de que me han hablado. Tambien en el jardin he sentido... pero como la oscuridad es completa, y yo no me atrevi á salir del corredor en que me habia escondido. Ademas, es casi seguro que lo que yo oi fuese el viento que agita las ramas, Siento pasos... Será ella... Ocultémonos aqui. (se dirige al cuarto en que entró el Embozado y halla la puerta cerrada.) Está cerrada la puerta. Se acercan... entremos en aquel otro cuarto. (entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA MARIA, GUILLERMO y el EMBOZADO.

MAR. Pobre Carlos! Cuanto ha debido sufrir! Su mano abrasada, su frente era de fuego. Y ahora espouer su vida... Cuan noble, cuan valiente... Vamos á ver si Dios me concede un poco de reposo

GUI. (saliendo.) Concedeme antes, señora, breves instantes de atencion.

MAR. Vos! vos! Oh! dejad que llame á mis criados. (Guillermo la intercepta el paso)

GUI. Señora, no me obliguice á emplear la violencia, y escuchad mis disculpas.

MAR. Oh! dejadme! Quién os ha introducido aqui? Sois un infame.

GUI. Señora, fuerza ha sido acudir á los extremos. Vos habeis huido de mi con una tenacidad imponderable. Hace un mes que trabajo desesperadamente para averiguar vuestro paradero, y hoy que he logrado saber que os habiais mudado á estos apartados barrios, sin duda pa-

ra burlar mis pesquisas, no he querido desaprovechar una ocasion que me ha deparado la fortuna.

MAR. Pero qué os prometéis de semejante pertinacia?

GU. Ya lo sabeis, señora; os amo y quiero que seáis mi esposa.

MAR. Pero no os he dicho mil veces que os detesto?

GU. Hay hombres, señora, que no saben retroceder en la senda que llegan á pisar una vez. Quiero que seáis mi esposa. Muchas veces os he suplicado. Ahora solo me toca imponeros como ley mi voluntad. Ya sabeis quién soy y cuánto puedo.

MAR. Sois Guillermo de Villareal, un hombre tan vil, tan deprehado, tan falto de corazon, que cuando su patria cae en manos de furibundos extranjeros, conspira para su completa ruina, en vez de ayudarla; sois el mercenario asalariado que ha auxiliado la entrada del extranjero en Málaga; sois el comandante de la guardia civica, el perro favorito del general Francés; en fin, sois un hijo que reniega de su madre, un español que no es español, un hombre que no es hombre, sino un esclavo miserable. Esto es lo que sois. No es verdad que estoy enterada perfectamente?

GU. Señora!

MAR. Podeis, podeis inventar una fábula, ir á depositarla en el oido del general enemigo, y perder á una muger honrada y noble; podeis ser un espia cobarde y calumniador como todos los espías. Esto es lo que podeis. No es verdad que no me he engañado?

GU. Señora!

MAR. Qué habeis venido á hacer aqui? Con qué derecho os habeis introducido en mi casa como un ladrón? Ob! Prudencio! Bárbara!

GU. Callad, callad! Y atended á lo que tengo que deciros.

MAR. Nada quiero escuchar. Vamos. Quereis que tambien os llame mal caballero?

GU. Señora. Mirad lo que haceis.

MAR. Y vos acabad de comprender que como muger os desprecio, y que os maldigo como española!

GU. Ah!

(Mordiéndose los labios de rabia se lanza sobre doña Maria, la ase de una muñeca y la arroja al suelo. En este instante sale el Embozado del cuarto en que entró, apaga la luz y el teatro se queda á oscuras; Guillermo herido por la sorpresa, suelta á doña Maria, el Embozado se interpone entre los dos.)

EMB. (á doña Maria.) Huid!

MAR. Ah!

(Dando un grito de sorpresa se aleja al lado opuesto de la escena. El embozado coje fuertemente de un brazo á Guillermo.)

GU. Vas á morir, seas quien fueres.

(Guillermo va á sacar el sable con la mano que tiene libre, pero el Embozado apoya en su sien la boca de una pistola. Guillermo al sentir el frio del hierro se queda como petrificado.)

EMB. Despacio... Ni una palabra. (se le llena hácia la puerta del foro y cae el telon.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

DELACION.

La misma decoracion del primer cuadro.

ESCENA PRIMERA.

TIBURON, despues el **EMBOZADO** y **GUILLERMO**.

TIB. Pues señor, mucho tarda en salir, y lo que es yo no me muevo de aqui hasta que salga. Qué se yo!.. Me ha dado una corazonada.... Y eso que ni por un hermano... Abren la puerta, observemos. *abrese la puerta, salen Guillermo y el Embozado; este vuelve á cerrar la puerta, y todavia con la pistola en la mano dice á Guillermo.*

EMB. Idos, y dad gracias á Dios por no haberme hecho capaz de cometer un crimen.

GU. (Oh rabia!) *vase.*

TIB. Hola! Parece que no me habia engañado.

EMB. Tiburon, tú aqui!

TIB. En cuerpo y alma. Cuando te vi entrar en esa casa con tanto misterio, no me dió muy buena espina, y me dije yo á mi mismo. Ese hombre es mi amigo, mi hermano, me acaba de salvar la vida. Bueno será ponernos de espera, no haga el diablo que haya en esa casa alguien que le entre al abordage. Si siento ruido, allá me encajo, aunque sea por entre escollos á toda vela, y aun á riesgo de encallar en un banco de arena; y sino, en todo caso podré proteger la retirada.

EMB. Gracias, mi antiguo camarada, mi hermano.

TIB. Y creo que algo ha habido de lo que yo pensé, porque...

EMB. No... nada.

TIB. En fin, ya no hay que temer, y me voy corriendo. No puedes figurarte el sacrificio que he hecho. Con que viento en popa. *(va á marcharse corriendo.)*

EMB. Pero oye. ¿A dónde vas tan deprisa?

TIB. Oh! No puedo decirlo.

EMB. Como quieras, á Dios.

TIB. Pero mal digo; á ti si puedo decirtelo, porque eres un buen español, no es verdad?

EMB. Puedes dudarlo?

TIB. No, por el palo mayor de un navio de cien cañones. Oye, todas las noches nos reunimos una porcion de los que tenemos mejores ganas á esos señores franchutes de Barrabás, para ver de darles un golpe bueno. Cada gremio ha elegido un representante, y los muchachos me han elegido á mi para que los represente.

EMB. Una conjuracion!

TIB. Cabal.

EMB. A que tambien asiste un jóven que se llama don Carlos Velazquez...

TIB. Cómo, sabes tú?...

EMB. Vamos. Llévame á esa conjuracion.

TIB. Pero...

EMB. Qué te estraña?

TIB. Estrañarme, no tal. Pero en calidad de qué quieres que te presente? Ya no eres un camarada. Y á propósito, dime, cómo has hecho fortuna?

EMB. En tu misma lancha me llevaste á un bergantin que iba á hacerse á la vela para el Perú, y que necesitaba marineros; yo parti en é,

estuvimos perdidos cerca de dos meses, y una buena idea mía comunicada al capitán, nos sacó de aquel negro conflicto. Fui recompensado extraordinariamente. He corrido el mundo entero, y la fortuna no me ha vuelto las espaldas. Conque vamos, vamos. Es preciso, lo oyes? Me importa más que la vida. Vamos, Tiburón.

Tib. Vamos, aunque en vano procuro comprenderte. Por el camino buscaremos un medio....

Enr. (Carlos! Carlos! Gracias, Dios eterno!)
(*vase.*)

ESCENA II.

Doña María al balcón, después Guillermo y una compañía de la guardia cívica.

Mar. Se retiran. Qué significa esto? Estoy llena de zozobra y de espanto.

Gen. En vano lo vengo siguiendo. Oh! si hubiera dado con él, solo con haber revelado mi nombre á esta compañía de la guardia cívica que se dirige á este sitio... Pero á dónde iré á parar. Señor Capitán?

Cap. Quién me llama?

Gen. Ah! sois vos, capitán Mendoza?

Cap. Vos aquí, señor comandante, y hace una hora que se ha revuelto toda la ciudad en busca vuestra?

Gen. Pues qué sucede?

Cap. Hace una hora que ha recibido el general francés un aviso secreto de que en el barrio de la Trinidad, calle de Mármoles, se reúnen todas las noches personas sospechosas, y que es casi seguro que se trama una conspiración.

Mar. Virgen santa!

Cap. Se os ha buscado, y no habiendo sido posible hallaros, se me ha encomendado esta empresa.

Gen. Pero no se sabe en qué casa?...

Cap. Es preciso buscarla, solo se sabe la calle. (doña María se ha retirado del balcón un momento antes.)

Gen. Vamos, iré con vos. Necesito saciar mi cólera!

Cap. Marchen. (*señal: pausa. Una fuerte aguzcero azota la calle: doña María sale casi delirante de su casa.*)

Mar. Mi hijo! Mi hijo! Por allí han ido, yo por aquí. Dios mío, que llegue á tiempo. *vase corriendo por distinta calle que los anteriores. Un relá da la una*

FIN DEL TERCER CUADRO.

CUADRO CUARTO.

UNA CONJURACION.

Una sala: en el fondo una gran puerta: puertos laterales: en medio del teatro una gran mesa rodeada de sillones; bancos el rededor de la escena: sobre la mesa arden dos bujías.

ESCENA PRIMERA.

Don Alvaro Tellez, Carlos, y otros tres personas están sentados alrededor de la mesa. Los bancos están ocupados por conjurados de todas edades y condiciones. Prudencio Medrana ocupa la punta del banco de la derecha, mas cercano al proscenio, Tiburón en la de la izquierda.

(En el momento en que se levanta el telón, el Drasco no tiene tendida su mano derecha sobre un crucifijo que hay encima de la mesa. Todos los presentes están de pie y con la cabeza descubierta.)

Des. Si juro! (*todos se cubren y se sientan excepto el Desconocido.*)

Alv. He aquí, señores, un nuevo compañero. Firmad. (*el Desconocido firma el papel que le presenta don Alvaro.*)

Des. Mañana mismo tendréis en vuestro poder la suma con que me he obligado á contribuir para el mejor éxito de nuestra empresa.

Alv. Está bien. Podeis tomar asiento entre vuestros hermanos. Ya lo veis, valiente Tiburón, vuestro recomendado queda admitido en el gremio de los defensores de la independencia de España.

Tib. Ya os lo he dicho; con mi cabeza respondo de su lealtad. Y ya sabeis quien es Tiburón.

Alv. Lo sabemos!

Pro. (Abora me tocará á mí. Jesus me valga!)

Alv. Don Prudencio Medrana!

Pro. Presente. (*levantándose y temblando.*)

Alv. Este hombre ha venido con vos? (*á Carlos.*)

Car. Sí, señor don Alvaro, y yo respondo de él.

Alv. Acercaos!

Pro. Qué decís, señor?

Alv. Que os acerqueis.

Pro. Ah! si señor, con mil amores.

Alv. Jurad sobre esta santa imágen, no revelar á nadie lo que aquí veais y oigais?

Pro. Lo juro.

Alv. Juras además, ser fiel, leal y dar por la patria hasta la última gota de vuestro sangre?

Pro. Sí juro.

Car. Yo respondo de todo lo demás, don Alvaro!

Alv. Enhorabuena. Sentaos.

Pro. (Huf! Estoy sudando. Vaya un juramento! La última gota de la sangre, como si ahí tuviese uno la sangre...)

Alv. Enteraos de las disposiciones últimamente tomadas. (*entrega un papel a los demás que rodean la mesa.*)

Pro. (Nada: fué preciso esperar en la calle lo salida del señorito Carlos para rogarle que me condujese aquí, diciéndole que quería ser libre ó morir. El buen señor se lo creyó, y hema aquí. Oh! Bárbara! Oh! Bárbara, esposa mía!)

Y si no vengo, me saca los ojos y la pierdo para siempre. Qué diablo! A lo hecho, pecho.

Des. En que piensas, Tiburón?

Tib. Me has contado tu horrible historia, y me preguntas en qué pienso? Si vieras qué proyecto he concebido...

Des. Cómo?..

Tib. Señores! es preciso decidirse á dar el golpe que ha de romper nuestras cadenas de esclavos, ó hundirnos en la tumba de los mártires de la independencia. De un momento á otro pueden ser descubiertos nuestros planes por el infame Guillermo Villareal, y entonces sería fuerza morir con las manos ligadas y abalida la cabeza. Si, amigos míos, demos el grito hermoso, y el cielo quizá corone nuestro valor y nuestra osadía.

Un Con. Bien decís. Nuestra existencia equivale á una muerte lenta y congojosa. Si es preciso, muramos de una vez.

PRO. (Y á mí que me iba tan bien!)

ALV. Anoche ofrecisteis cada cual darnos cuenta del resultado de vuestros trabajos.

UN COX. La juventud de Málaga está pronta á verter su sangre por la justa causa que defendemos. (se levanta y deja un papel encima de la mesa.)

OTRO. El comercio entero aguarda ansioso el instante de luchar por el bien comun.

OTRO. Qué diré yo del pueblo? (pone otro papel sobre la mesa.) Nada. El pueblo quiere siempre ser libre.

TIN. Doscientos marineros, de los cuales el mas cobarde vale por mil franceses, se levantarán como una ola, y de seguro harán naufragar á sus malditos opresores.

ALV. Si, este es el espíritu del pueblo todo. Bien lo sabemos. Una ebispa bastará para hacer estallar un volcan espantoso. Por nuestra parte os diremos que ya obra en nuestro poder una suma considerable de dinero. En varias de las casas de nuestros mas seguros amigos, se ocultan centenares de armas.

CAR. Mirad á España entera empeñada en una guerra sangrienta y desesperada. Napoleon, ese gigante de los siglos, se halla en su momento supremo. Los desastres de la Rusia, la aglomeracion de fuerzas con que la Europa entera le amenaza, todo nos favorece. Además, si nuestra primera tentativa fuese sofocada por los estrangeros, nuestra sangre engendraría mil y mil bravos que darían cima á la empresa comenzada por nosotros. Y por qué no nos hemos de prometer un término feliz? No hay valor en nuestros pechos? Puede Dios desamparar la causa del hijo que defiende á su madre? No; y si alguna vez, su infinita voluntad sumerge á un pueblo en las tinieblas de la esclavitud, es para que luego brille mas pura y mas hermosa la luz de la libertad.

DES. Carlos! Carlos! (levántase sin poder contenerse.)

ALV. ¿Qué significa?..

DES. Nada, nada, señores. Sabía el nombre de ese joven, y mis labios le han pronunciado con entusiasmo. Seguid, noble joven, seguid. Yo tambien pienso como vos. Es hermosa, es grande, es santa la independencia de un pueblo, y luchar por ella, es ser honrado, es ser hombre!

ALV. Esta noche debe tener lugar nuestra última reunion. Ya se os avisará á vuestras casas adonde habeis de ir á recoger las armas para el pueblo, y el dia en que debe tener lugar el alzamiento. Ya sabeis la forma que hemos convenido. Ahora retirémonos y nada tenemos que temer.

ESCENA II.

Dichos, un CONSPIRADOR, luego DOÑA MARIA.

CONS. Hemos sentido dar fuertes golpes á la puerta, nos hemos asomado por el agujero de la cerradura, y hemos visto á una mujer que desenfajada y temblorosa nos ha gritado que se llama doña Maria de la Vega, y que viene á salvarnos.

CAR. Mi madre! Oh!

MAR. (dentro.) ¡ejadme, dejadme.

ALV. Que entre al momento. (sale el Conjurado y Carlos se adelanta á buscar á su madre.) ¡Cielos! ¿Qué signo ficará esto? (rumores prolongados.)

PRO. (Virgen del Tremedal!)

MAR. Ha sido descubierta vuestra reunion, un tropel de soldados viene en vuestra busca con el mayor sigilo... ¡Salvaos... salvaos... No puedo mas (se deja caer desmayada.)

ALV. Señores, no hay nada perdido. Ya sabeis que esta casa tiene una puerta secreta que dá á diferente calle. Seguidme.

PRO. (Nada! me ahoran!)

(Salen todos detras de don Alvaro, excepto el Desconocido y Tiburon, Carlos y doña Maria; aquel se acerca á esta; oyense golpes á la puerta de la calle.)

CAR. Ven, madre mia, ven, tnyamos! ¡Cielos! Desmayada! (redoblan los golpes.)

DES. Oh! fatalidad!

TIN. Dejad, entre mis brazos...

CAR. Ya no es tiempo.

TIN. Ven...

DES. No.

TIN. Y si nos prenden á nosotros tambien, quién le salvará?

DES. Ah! ¡vense por donde salieron los demas.)

CAR. Oh! Dios mio! Toma mi vida, pero salva la suya!

ESCENA III.

Dichos, GUILLERMO y soldados.

GEN. Apoderaos de ese hombre (los soldados le obedecen.) Registrad toda la casa. (una porcion de soldados entran por todas las puertas.) Llevadle. (á los que han aprisionado á Carlos.)

CAR. Oh! no, no, dejadme.

GEN. Acabareis? (los soldados arrastran á Carlos fuera de la escena.)

CAR. Santos del cielo!

GEN. Si, aqui se han réunido sin duda alguna... Pero por dónde se habrán escapado? Y esa muger que ni siquiera se mueve, sin duda se habrá desmayado con el susto. Tambien nos la llevaremos para ver si declara algo de provecho. (vuelven los soldados.)

CAR. A nadie hemos hallado, y ya lo veis, esa mesa... estos bancos indican... ¿Y qué hacemos de esa muger?

GEN. Qué veo?

CAR. La conocéis por ventura?..

GEN. Capitan, recorred las calles vecinas con la mitad de la fuerza, llevandos con vos el prisionero, y que la otra mitad esté pronta á mi primer llamamiento.

CAR. Sereis obedecido. (sale con los soldados.)

ESCENA IV.

GUILLERMO, DOÑA MARIA.

GEN. Aqui esta mujer! En vano será que procure comprender...

MAR. Ay! Qué es esto que me ha sucedido? ¿Dónde me encuentro? Ah! si, si, me acuerdo! Carlos! Carlos! (se vuelve para correr hácia el fondo y retrocede espantada dando un grito.) ¡Tú lo sabrás, infame. Dónde está Carlos? (en seguida se repone y cayendo como una fiera sobre Guillermo, le ase por la solapa.)

GEN. Es por ventura ese Carlos de que me hablais el joven que estaba junto á vos?

MAR. Si; ese.

GEN. Pues bien, ese está en manos de mis soldados, que le conducen á una prision, para que sea juzgado despues.

MAR. Ah! piedad! *(cayendo á sus plantas.)*
GU. Vos á mis plantas! No sabéis que soy un mal caballero?
MAR. Oh! no! Tened compasion ahora de una muger que se arrastra á vuestros pies, que llora, que se desespera.
GU. Cuando ablandaron las lágrimas el corazon de un espía?
MAR. Salvad á ese joven desdichado. Pensad que le entregais á la venganza del francés, que nunca perdona, y cuando su patria es tambien la vuestra.
GU. Si; pero yo soy un mal español. Lo habeis olvidado, señora?
MAR. Ah! sois implacable!
GU. Levantaos.
MAR. No, no; antes que levantarle sin que me hayais concedido su perdon, dejaré de existir á vuestros pies.
GU. Ya sabéis, señora, que necesito vengarme.
MAR. Ah!
GU. Y decidme. ¿Quién es ese joven por quien tanto os interesais?
MAR. (Oh! no, nunca llegue á saberlo. Entonces si que llevaria á cabo su venganza.)
GU. No me respondeis? Quedad con Dios, señora.
MAR. Oh! no os vayais así. (Qué haré, Dios santo, qué haré?) Pero, no hay nada que os conmueva?
GU. Señora... *(queriendo retirarse.)*
MAR. Oh! miserable de mí. Escuchadme por el Dios que está en el cielo. Deteneos.... no sé deciros una palabra.... Salvadle, salvadle!
GU. Bien: veamos como pensais pagarme ese servicio
MAR. Mirad; puedo daros oro, tanto oro que aventajéis á los mas poderosos de esta ciudad.
GU. Reflexionad con qué otra cosa podeis pagarme.
MAR. Tambien es vuestra mi sangre, mi vida, tomadla en este momento.
GU. Y nada mas?
MAR. Qué quereis? Hablad, por compasion. Sufro horriblemente. Qué quereis?
GU. Vuestra mano. *(doña María que habia vuelto á caer de rodillas se levanta súbitamente y dice llena de fiereza y dignidad.)*
MAR. Nunca!
GU. Quedad con Dios, señora. *(vase.)*
MAR. Oh! mi hijo! mi hijo! *(cayendo sin sentido.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

CUADRO QUINTO.

UN CONSEJO DE GUERRA.

Sala en casa de don Guillermo. Mesa grande á la izquierda, puerta al toro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, criados.

GU. *(toca una campanilla y salen dos criados.)* Co-

locad esos sillones al rededor de esta mesa. Son las once, y dentro de una hora se reunirá el consejo de guerra que ha de sentenciar al preso. Con qué impaciencia aguardo este instante. Decidme, ha llegado ya la guardia que hoy ha de custodiar esta casa?

CR. Si señor.

GU. Pues di al oficial que haga que se coloque un centinela en esa puerta. *(vase.)* Todo va bien. Y creo que veré hoy realizado mi propósito. Y no se diga que mi proceder es infame. Yo tengo la conviccion de que ese hombre conspira, y condenarle es mi deber. Si por este medio consigo que esa hermosa y opulenta muger me conceda su mano, este no será mas que un favor de la suerte. No hay duda, mi plan está bien concebido, y es casi seguro que dentro de breves horas haya dado el resultado que me prometo. El general francés que se somete á cuanto yo quiero, creyendo que todos mis desvelos nacen de un entusiasmo en pró de la Francia, me ha otorgado la gracia de presidir el consejo de guerra que ha de sentenciar á ese Carlos, por quien con tan imponderable afán se interesa la Condesa de Torreñiel; y ó mucho me engañó, ó logro que esa muger consienta en ser mi esposa, y entonces mias son sus inmensas riquezas, y entonces en vez de Guillermo, me llamaré el Conde de Torreñiel, y he aquí mis sueños realizados. La esperanza sola de alcanzarlo, hace que me agite en un gozo frenético, y que se estremezca todo mi ser: ¿quién me lo habia de decir cuando despues de haber jugado la herencia de mis padres, me hallaba sumergido en la miseria? Oh! que días tan horrosos. Y luego dicen que una mala accion no puede producir bien. ¿Cuál fué el principio de mi nueva fortuna? A pesar mio, el recuerdo de aquel asesinato me atormenta todavia. Pero si volviera á verme en aquel estado de pobreza y de oprobio, y la casualidad volviera á ofrecerme una ocasion semejante, creo que mi mano no vacilaria... Fué la noche del 14 de octubre de 1796. ¡si... bien me acuerdo... dejemos esto: afuera, afuera ideas pueriles de dolor, y busquemos los medios para no llegar otra vez á hundirme en la miseria; y para no cometer otra vez... Para qué está uno en el mundo? Para vivir, pues vivamos. Ese Carlos será sin duda el amante de doña María. No importa. ¡a muger que se llame mi esposa, no faltará nunca á sus deberes. *(un cabo coloca á un centinela á la puerta de entrada.)*

ESCENA II.

GUILLERMO, EL CENTINELA.

GU. Ah! eres tú, acércate. No pienses que he olvidado que te debo la vida.

CR. Sois muy bondadoso, señor. Cualquiera otro en mi lugar hubiera obrado como yo. Salgo antes de ayer de mi casa, y á penas habia entrado en la plaza de la Merced, cuando veo un caballo desbocado que iba á dar en el suelo con el ginete que ya habia perdido los estribos; corro á él, logro sujetarle y os ayudo á desmontaros. Vos me ofrecéis una gracia, yo os pido entrar en la guardia cívica de que sois

comandante, me lo concedéis, y heme aquí. Puede ser mas natural mi modo de obrar? Y ademas, si algo lícite, tambien vos me concedisteis lo que os pedí!

GU. Bien dices: pero tú me salvastes del ridículo y del gravísimo riesgo de una caída, como hubiera sido la de aquel maldito caballo. Y qué tal te va con tu nuevo oficio?

CEN. A las mil maravillas, señor. Era una vocación decidida.

GU. ¡Siento ruido. Ocupa tu puesto. (obedece.)

ESCENA III.

Dichos, un soldado, PRUDENCIO.

SOL. Entra, y ahora te explicarás...

PAU. Bien haría el señor guardia cívico en ser un poco mas civil.

SOL. Vamos. (empujándole.)

PAU. Eh! que me vais á romper una pierna.

GU. Qué es eso?

SOL. Hemos hallado este hombre á caballo á seis leguas distante de la ciudad, y habiéndonos parecido sospechoso, le hemos pedido su pasaporte; lleno de turbación ha contestado que se le había perdido, y le traemos á vuestra presencia.

GU. Está bien: me enteraré, y daré parte al Gobernador. (se va el criado.)

PAU. ¡Ahora sí que me ahorcan.)

GU. Quién eres?

PAU. Un inocente, un hombre de bien.

GU. Y que ibas á hacer fuera de la ciudad?

PAU. Oh! (Prudencio vuelve la cabeza y reconoce al centinela.)

CEN. Calla ó te mato.

GU. No respondes?

PAU. Sí señor, sí... conque decíamos...

GU. Te estás burlando?

PAU. Yo! Dios me libre! Vaya una idea...

GU. Qué ibas á hacer fuera de la ciudad?

PAU. Iba... iba... no lo adivináis?... A pasearme.

GU. No te podías pasear dentro de ella?

PAU. Seguramente que sí, pero es el caso, señor, que á mí me hace mucho provecho el aire del campo.

GU. Y cómo te llamas?

PAU. De caza... precisamente... Soy muy aficionado á la caza. Y ya veis... Conque, me retiro. No quiero seros mas molesto. (va á retirarse.)

GU. Eh! á dónde vais?

PAU. Nada, nada. No hay que enfadarse. Aquí me tenéis otra vez.

GU. (Es un pobre hombre: está temblando como un azogado. Carlos se negará quizás á confesar su culpa; y como en aquella casa no se han hallado pruebas ningunas contra él... un testigo activaría mucho el resultado del juicio. Metamos miedo á este idiota.) Conque te habías alejado seis leguas de la ciudad? No sabes que está prohibido salir de ella sin un pasaporte?

PAU. Lo ignoraba completamente.

GU. Te he preguntado tu nombre.

PAU. Me llamo Prudencio Medrana.

GU. Prudencio Medrana... yo he visto ese nombre escrito en una lista de personas sospechosas que me entregaron hace poco.

PAU. Imposible! Estoy seguro de que leisteis mal.

GU. No me cabe duda. Y estaba señalado con una cruz al margen.

PAU. (Todos los santos de la corte celestial sean conmigo! Una cruz! No hay duda, esto es que me quieren crucificar!)

GU. No os llamáis Prudencio Medrana?

PAU. Cualquiera diría que ese es mi nombre. Pero quizás no lo sea. Y ademas, os lo digo en confianza, conozo mas de cincuenta que se llaman lo mismo que yo.

GU. Tú has conspirado contra los franceses.

PAU. Ca! Ni por pienso!

GU. Y huías porque ha sido descubierta esa conspiración.

PAU. (Vaya, han decidido matarme de un susto.)

GU. En fin, yo te entregaré al Gobernador, y él decidirá lo que se ha de hacer contigo.

PAU. Y qué creéis que decidirá?

GU. Te mandará fusilar, y es lo mas sencillo.

PAU. Santa Bárbara! Y qué es lo mas duplicado?

Fusilarle á uno dos veces?

GU. Basta; mandaré que os conduzcan... (al foro.)

PAU. Señor, señor, puesto que todo lo sabéis, tened piedad de mí. (cayendo de rodillas.)

GU. Conque estaba diciendo la verdad?

PAU. Pero os juro que la noche que fué asallada aquella maldita casa, era la primera que yo acudía á semejante sitio, obligado por un demonio con faldas que se ha propuesto acabar conmigo. Perdon, perdon! Yo no soy capaz de conspirar contra nadie. No manchéis vuestras manos en la sangre de un inocente cordero.

GU. Bien; ofrezco perdonarte, pero con una condición.

PAU. Hablad, hablad.

GU. Retirate por un momento. (al centinela.)

CEN. Qué le irá á decir? (desaparece foro.)

GU. Escucha; dentro de poco se celebrará en esta misma sala un consejo de guerra para sentenciar á don Carlos Velazquez.

PAU. Como! Don Carlos Velazquez.

GU. Le conoces por supuesto. Es un conspirador. Pues bien, sirve de testigo. Reconócele como á uno de los gefes de la revolucion que iba á estallar, y eres libre.

PAU. (Esto es peor que todo.)

GU. Me entiendes?

PAU. Os entiendo, sí, pero...

GU. Libre ó ahorcado. Elije.

(Entran los oficiales, Guillermo va á recibirlos, y les hace tomar asiento al redor de la mesa. El centinela vuelve á aparecer y presta atención á lo que dice Prudencio.)

PAU. Ahorcado! Primero yo! Y lo cierto es que él conspira!.. Nada, nada, hablaré!.

CEN. (acercándose á él y echando mano á la empuñadura del sable.) (Si dices una palabra que pueda perjudicar á Carlos, eres muerto.)

PAU. (Virgen santa! Ahorcado si me callo... acuchillado si digo una sola palabra! Si cojera ahora entre mis manos á mi muger!!)

ESCENA IV.

Dichos, un criado, luego CARLOS y soldados que se retiran en cuanto le dejan en presencia del consejo.

GU. El acusado ha sido ya conducido aquí de su prision, y al punto va á comparecer ante vuestra presencia. (al criado que sale.) Que venga el prisionero. (cose el criado.) Espero, señores, que el acusado sufrirá el mismo castigo que

ya sufrieron tantos otros por el mismo crimen.
 CEN. No confeséis nada. *(á Carlos que entra.)*
 CAR. Quién será este hombre?
 PRU. Ahora es ella.
 GU. Acercaos. Estais acusado de conspirar contra nuestro rey y señor José primero.
 CAR. José primero será rey de quien quiera reconocerle como tal.
 GU. Conque no rechazais la acusacion que pesa sobre vos?
 CAR. No reconozco en vos derecho para interrogarme.
 GU. Ved que estais dictando vuestra sentencia.
 CAR. Os advierto que vais á hablar con muy poco fruto.
 PRU. Estoy tiritando de frio.
 OFI. Responded á las preguntas que se os hagan, y temed que se agote nuestra paciencia.
 GU. Por última vez: ¿habeis conspirado? Otros hablarán por vos. *(Carlos permanece silencioso cruzando los brazos.)* Acercaos. *(á Prudencio.)*
 CAR. Prudencio!
 GU. Repetid al consejo lo que á mi me habeis dicho hace poco. Es uno de sus cómplices, que todo me lo ha confesado. Hablad sin temor.
 PRU. *(Mi pobrecito amo, y luego ese cancerbero... y por otra parte ese dromedario. Debo sudar la gota tan gorda.)*
 GU. Ya os escuchamos.
 PRU. *(Y qué digo yo? Me ahorcan, no hay remedio.)*
 GU. Quereis hablar, ó no?... *(furioso.)*
 PRU. Si, señor, si... conque... habeis de saber... que... y como íbamos diciendo... *(Válgame san Pedro.)*
 GU. Vamos, continuad.
 PRU. No, si no tengo que revelar ningun otro secreto á estos señores.
 GU. Estais loco! Conocéis al acusado?
 PRU. Si, le conozco!
 GU. Le conoce.
 PRU. Quiero decir, le conozco de vista...
 GU. Segun me habeis dicho es gefe de una conspiracion en que vos habeis tomado parte.
 PRU. Efectivamente, si... Es decir, no... el caso es que yo no estoy muy seguro.
 GU. Como!..
 PRU. Me abogo!!
 GU. Será preciso ahorcaros para haceros hablar?
 PRU. Ahorcarme! Oh! no! no: todo lo que habeis dicho es cierto!
 GU. Ya lo oís. Y estais pronto á...
 CAR. Cesad de atormentar á ese hombre. Harto bien lo comprendo todo. Qué quereis que os diga? Que prefiero la muerte á la esclavitud, que el español que no lucha es un cobarde, y que el que se convierte en francés, es un reptil miserable? Pues bien: ya lo oís. Antes quería arrojar el guante á la Francia entera; ahora todavía puedo arrojároslo á vosotros á la cara. *(tira un guante sobre la mesa.)*
 GU. Este hombre ha perdido el juicio. Nos desalfia cuando va á ser condenado!
 CAR. Ha! tenéis razon, habia olvidado que sois unos cobardes.
 GU. El acusado confiesa su crimen, y fuerza es cumplir con nuestro deber, por muy penoso que nos sea. Todo conspirador debe ser pasado por las armas; qué decidis, señores?

OFI. 1.º Que sea condenado á la pena de muerte.
 CAR. Es toda la gloria que yo podia apetecer.
 GU. El consejo ha terminado. Vamos, señores, á dar cuenta de nuestro juicio al general francés. Entrad en ese cuarto.
 CAR. No quiero obedeceros. Mandad á vuestros soldados que me arrastren á él.
 GU. Conducid al sentenciado á ese aposento *(al centinela que coje á Carlos por el brazo y le dice al oido.)*
 CEN. Entrad por Dios.
 CAR. No comprendo... *(Carlos entra en el cuarto de la izquierda. Guillermo echa la llave que se guarda en el bolsillo.)*
 GU. Ola! *(á los soldados que entran.)* Señor oficial. Haced que se coloquen centinelas en todas las puertas que es necesario atravesar para llegar á la calle, y no se dejará salir á nadie que no presente un pase firmado por mí. *(No quiero que ese hombre salga todavía de mi casa.)*
 PRU. Señor, acordaos de lo que me habeis prometido. Por Dios, señor.
 GU. Que diablos. Este perillan no sirve mas que de estorbo. *(se acerca á la mesa, escribe un papel y se lo da.)* Vamos, señores. *(sale seguido de los oficiales.)*

ESCENA VI.

EL CENTINELA en la puerta del fondo, PRUDENCIO.
 PRU. No me he librado de mala. Jesus! Y don Carlos! Pobrecito. En fin, yo no he podido hacer mas... Aguardemos á que esa cuadrilla de demonios esté en la calle, y entonces... volando, volando, *(se asoma á la ventana. El centinela abandona el puesto, viene á colocarse detrás de él para mirar tambien á la calle.)* Ya salen... Ya se alejan... Ah!
 CEN. Dadme ese pase y vuestra capa. *(se vuelve precipitadamente, pero se halla con el centinela.)*
 PRU. Como!.. Qué decidis?
 CEN. Salvad á ese joven...
 PRU. Yo salvador, y por poco soy crucificado!..
 Dejadme, dejadme.
 CEN. No deis ni un solo paso. Ya sabeis que él es una de las personas mas influyentes en esa conspiracion á que vos perteneceis.
 PRU. Y vos.
 CEN. La muerte de ese joven seria una calamidad, en tanto que la vuestra no importa nada.
 PRU. A vos no os importa nada: pero á mí me importa muchísimo.
 CEN. Acordaos de que habeis jurado derramar vuestra sangre por la patria.
 PRU. Qué patria, ni que niño muerto! Dale con la patria! Sabed que ya estoy yo harto de tener patria... y que por salvar la pelleja me baria... no digo yo francés, sino... ruso, chino.
 CEN. Dadme ese pase y vuestra capa *(cerrando la puerta del foro.)*
 PRU. Que haceis? *(descerraja la puerta del cuarto en donde se halla Carlos con la punta de la bayoneta.)*
 CEN. Silencio! Y cuidado con moveros. Es preciso que Carlos se salve.
 PRU. Es decir, es preciso que á mi me fusilen.
 CEN. Oh! Carlos me ayuda desde dentro. Nadie os obligó á conspirar con nosotros.

PRU. Oh! si, el reinoceronte de mi muger. Si al menos pudiese darla la recompensa antes de morir.

CEN. Va á ceder la cerradura. Entrad en ese cuartito. *(amenazando á Prudencio con la bayoneta.)*

PRU. Pero...

CEN. Entrad, ó entonces sí que no os queda esperanza ninguna. *(Prudencio entra en el cuarto derecha obligado por el centinela que vuelve á salir con su pase y su capa, y cierra la puerta al mismo tiempo que se abre con violencia, la del cuarto de Carlos y este aparece.)* Tomad esta capa y ese pase, huid.

CAR. Pero quién sois vos que me hacéis este beneficio?

CEN. No me conocéis?

CAR. Ah! callad!.. Sois uno de nuestros amigos. Mas ese trage...

CEN. Disfrazado con él puedo salvaros...

CAR. Gracias, amigo mio. Y Dios os premie todo el bien que hacéis á mi pobre madre. *(se pone la capa ayudado por el centinela y toma el pase que este le presenta.)*

CEN. Embozados bien. Y en cuanto os veais fuera de esta casa, huid de la ciudad.

CAR. A Dios, amigo mio. *(cuse.)*

CEN. No te abandones, Dios eterno! Si será reconocido?

VOL. *(dentro.)* Atrás!

CEN. Ay! *(dando un grito sin poder contenerse.)*

CAR. *(dentro)* He aquí mi pase. *(momentos de silencio.)*

CEN. Oh! respiro... Mas aun lo quedan dos puertas que atravesar. El corazón me golpea el pecho de una manera horrible! Valor, valor. *(se asoma á la ventana, al cabo de un rato dá un grito de alegría.)* Libre!

PRU. Y yo aborcedo! *(sacando la cabeza por entre las hojas de la puerta.)*

CEN. No os alijais. Yo procuraré salvaros. Entrad, entrad en este otro cuarto.

PRU. Si, ya todo lo que queráis. *(entra en el cuarto indicado por el centinela.)*

CEN. Bien sabia yo que así podría prestarle ayuda. Oh! siento ruido. A mi puesto! *(se coloca de centinela á la puerta del foro, entra un cabo y un soldado y le relevan.)*

CEN. Maldito relevo. Corramos en busca de Tiburon. *(sale con el cabo, y otro soldado queda de centinela.)*

ESCENA VI.

DOÑA MARIA y un criado.

CRIA. *(por el lado opuesto del foro aparecen estos personajes.)* Mi señor me ha dicho al salir, que si alguien venia en busca suya, le aguardase en esta sala. *(cuse.)*

MAR. Dios eterno! Aquí habrá tenido lugar ese consejo de guerra. Arabo de saberlo. Y no hay duda, habrán sentenciado al hijo de mis entrañas. Oh! perderle! No. Nunca. Esto no es posible, porque sería preciso dudar de que hay un Dios en el cielo. Esa mesa... esos sillones... Su muerte! Oh! que venga ese hombre, que venga ese malvado y que me pida la existencia....

GI. Retirate. *(al centinela que obedece.)*

MAR. Ah!

GI. Señora...

MAR. No es verdad que no habeis condenado á ese joven? No es verdad que por la primera vez habeis sentido latir un corazón en vuestro pecho? No es verdad que yo no debo maldeciros?

GI. Venis á rogarme que sea vuestro esposo?

MAR. Oh! contestadme, contestadme en el nombre del cielo.

GI. Pero no veis que ese afán me irrita y envenena mi sangre? No sabeis que tengo celos?

MAR. Inicuo! respondedme y no me hagais morir tantas veces..

GI. Leed *(le da un papel.)*

MAR. Ay! sí, será vuestra esposa!! *(Que importa que yo muera si él se salva.)*

GI. Hoy mismo?

MAR. Cuando queráis. Su sentencia de muerte! Oh! sí, mi vida, todo, pero salvadle.

GI. Le salvaré despues que seais mi esposa.

MAR. Ahora mismo.

GI. No.

MAR. A muerte! *(Guillermo se sienta con sangre fría, dona Maria se dirige al foro, pero al llegar á la puerta se detiene.)* Bien: despues. Pero juradme sobre estos santos Evangelios, que le dareis la libertad en cuanto yo os dé mi mano.

GI. Os lo juro. No perdamos un instante. Aquí todos me obedecen, y el oro vence todos los obstáculos. Quiero que muy pronto os llameis mi esposa. *(Y mañana me llamará el Conde de Torreviel.)*

MAR. *(Si, esta noche mi hijo estará libre, y yo muerta.)*

GI. Ola: *(sale un criado. Guillermo le habla en voz baja.)* toma esta llave: entrégasela al capitán de la guardia, y mándale de mi parte que con ella abra ese cuarto y conduzca con el mayor cuidado á las prisiones al hombre que hallará en él. *(cuse el criado.)*

MAR. Qué le habeis dicho á ese hombre?

GI. Nada, señora. Disposiciones relativas á nuestro casamiento. Vamos.

MAR. Vamos, y así no os perdone Dios ni una sola de las angustias que me habeis hecho padecer.

GI. Aun es tiempo de retroceder, señora.

MAR. Seré vuestra esposa!

ESCENA ULTIMA.

EL CAPITAN, el criado, cuatro soldados y Prudencio. Sale el capitán seguido del criado y los cuatro soldados. El primero trae la llave en la mano; la mete en la cerradura y abre la puerta con el empuje.

CAP. Para que te han dado la llave si la puerta no está cerrada... Se habrá escapado el preso... Ah! no. Salid. *(sal: Prudencio, y los cuatro soldados le rodean en seguida.)*

PRU. Es preciso morir! *(sale entre los cuatro soldados precedido del capitán y seguido del criado.)*

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

UN CASAMIENTO.

El teatro representa una plaza: encima de una puerta de la izquierda se lee: Escribania de don Roque Largo á la derecha una Iglesia.

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

UN CASAMIENTO.

El teatro representa una plaza: encima de una puerta de la izquierda se lee: Escribania de don Roque Largo á la derecha una Iglesia.

ESCENA PRIMERA.

El SOLDADO que estaba de centinela, TIBURON.

SOL. Si, Tiburon: la suerte me ha protegido y ya Carlos estará muy lejos de aquí. La idea de entrar á servir en la guardia civica para poder velar por él mas de cerca, ha producido maravillas. Ahora te toca á ti hablar. Expícamme tus exclamaciones al revelarte mi secreto, y esa prenda que decias tener en tu poder y que quizá pudiera servirnos de algo.

TIB. Escucha: en aquella noche del 14 de octubre de 1796, estaba yo á la orilla del mar recomponiendo mi barquilla, y enfrente de tu cabaña; cuando vi salir de ella un hombre desconocido precipitadamente, atravesó por muy cerca de mí, y aquella cara de mar alborotado se me quedó impresa en la imaginacion; seguí en mi faena y casi me olvidé del todo de aquel insignificante accidente. Al cabo de un gran rato vi caer al mar el cuerpo de un hombre. Tiburon habia nacido en el agua, tenia un corazon de marino honrado, y quiso salvar á un infeliz. Te saqué de entre las olas, y cuando volviste en tí, te arrojaste en mis brazos, me exigiste que te condujera á un buque que se iba á hacer á la vela para el Perú, y que solemnemente te jurara no revelar á mortal alguno lo que entre nosotros habia pasado. El buque te arrastró lejos de tu patria, y mi juramento no ha sido quebrantado nunca. A los diez dias de estos sucesos, yendo yo por la plaza de la Merced, vi atravesar por cerca de mí un hombre en que creí reconocer al mismo que habia visto salir precipitadamente de tu cabaña aquella horrible noche. Algo se le cayó á este hombre al suelo; despues de algunos momentos de meditacion, bajéme á recogerlo, y me hallé con esta cartera; quise devolverse-la, pero ya habia desaparecido. Al fin te vuelvo á encontrar y de un modo un poco extraordinario. Entraste en aquella casa que despues de veinte dias de tu llegada á Málaga habias logrado saber era la que ella habitaba, despues nos dirigimos juntos á una conjuracion y por el camino me revelaste tu secreto. Entonces recordé todo lo que habia visto aquella noche y que en esta cartera habia encontrado un papel cerrado en forma de carta, lleno de garrapatos desconocidos para mí. Vine ayer á casa del escribano D. Roque Largo, hombre muy sabio, muy honrado y muy español; solo hallé á su pasante, le enseñé la carta y me dijo que aquello debía ser una cusa que se llamaba... taquigrafía, y que el señor escribano entendia perfectamente; quedé en que volveria hoy á las cinco de la tarde... y ya deben ser... Con que vamos.

Sot. Si, vamos. No sé porque esa carta me parece de buen agüero!

ESCENA II.

CARLOS, DOÑA BARBARA.

CAR. No puedo, no puedo creerlo. Eso seria horrible. Vamos, dime que me has engañado, ó bien que es un sueño tuyo lo que me has dicho. Mi madre la esposa de ese hombre!

BAR. Yo solo sé que la señora ha estado en casa

un momento revolviendo papeles: miedo me dió de verla: luego por las palabras que entre ellos mediaron, vine en conocimiento de que iban á casarse... sí, señor, sí.

CAR. Ese münstruo le habrá ofrecido mi vida en cambio de su tremendo sacrificio.. Oh! ella no sabia que yo estaba libre. Esto es peor que mil muertes. Tener que aborrecer, que despreciar á una madre Oh! Dios mio! Dios mio! *(oculta el rostro entre las manos, y permanece inmóvil.)*

BAR. Señorito, y Prudencio? Hace dos dias con hoy que salió de Málaga sin pasaporte y sin nada. Mucho trabajé para que no lo hiciera, pero su espanto pudo mas que reflexiones y súplicas. Cuando vos entrasteis en casa, acababan de decirme que le habian visto entrar en la ciudad entre dos guardias civicos. Sabeis algo, señorito? Prudencio de mi vida. *(llora.)*

CAR. Eh! Dejadme en paz. Adónde se ballará mi madre? Quiero arrojarle entre ellos y separarlos para siempre. Por dónde me dirijiré? No sé qué hacerme! Oh! mi cabeza se arde.

BAR. Ay! ay! Prudencio de mi alma; ay! pobre-cito Prudencio!

ESCENA III.

Dichos, el SOLDADO, TIBURON.

TIB. Ya ves si hay un Dios para el desdichado.

SOL. Calla, Tiburon. La sorpresa y el gozo han embargado mi aliento.

TIB. Esta carta te devolverá el corazon de una mujer amada y el de un hijo idolatrado.

CAR. Pero dime, ¿no sabes hacia donde se dirigieron, dónde estarán ahora?

BAR. Qué he de saber yo, señorito.

CAR. Debias saberlo.

SOL. Calla. Ese hombre, esa voz... Cielos! es Carlos! Carlos en la ciudad todavia!

TIB. Corre, corre á él, estréchale en tus brazos! Salvale de nuevo.

SOL. No, todavia no es tiempo de decirle quién soy. Tengo un medio que tú pondrás por obra.

Don Carlos? *(acercándose.)*

CAR. Ah! eres tú: mi salvador.

SOL. Qué tenéis?

CAR. Qué tengo? Oh! Sí, sábelo, amigo mio! Mi madre va á ser la esposa de Guillermo de Villareal, amenzada sin duda con la muerte de su hijo.

SOL. Oh! qué decís? Imposible! Imposible!

CAR. Como, ¿qué significa?

SOL. Pero es preciso impedirlo. Ya veis, Guillermo Villareal es un infame y vuestra pobre madre la supongo buena, honrada. Ah! corramos corramos.

CAR. Pero á dónde correr, á dónde? *(el teatro va oscureciendo: en este instante se oye ruido dentro de la iglesia.)*

SOL. Callad. Dentro de esa iglesia se oye ruido. ¿Cuál será la causa?

CAR. Vamos! *(dando un grito y queriendo correr hacia la iglesia. El Soldado le detiene entre sus brazos.)*

SOL. Oh! no! Vos no. Corre tú, Tiburon, y vuelve al punto á decirnos lo que hayas averiguado.

SAR. No, yo mismo!

Col. Corre, Tiburon. *(Tiburon entra en la iglesia)*

precipitadamente.)

CAR. Pero con qué derecho me deteneis? Dejadme ó mi furia...!

SOL. Callad, callad en el nombre del cielo! No irriteis a Dios!

CAR. Pero sabéis la doda que se ha clavado en mi alma, lo sabéis?

SOL. Mi corazón os responde haciéndose mil pedazos.

CAR. Pero no comprendo.

SOL. Callad, callad! *(sale Tiburon precipitadamente: todos le rodean.)*

CAR. Pronto; no os detengais.

SOL. Habla, habla.

TIB. En esa iglesia se estaba verificando un casamiento.

TODOS. Oh!

TIB. Cuando se ha acabado la ceremonia, la desposada ha caído al suelo sin sentido.

CAR. Mi madre!

TIB. Yo he visto á Guillermo de Villarreal, á ese malvado con mis propios ojos.

CAR. Condenacion! *(va á correr á la iglesia, el Soldado y Tiburon le detienen.)*

SOL. No lo perdamos todo de una vez... *(atraviesa la escena un grupo de soldados franceses.)* Mirad! Solo conseguiriais vuestra muerte... y quién defenderia entonces á la mas desgraciada de las mujeres? Yo os juro por mi salvacion, que vereis á vuestra madre ó moriremos los dos... Pero ahora no hareis mas que suicidaros... Salen de la iglesia... venid hacia este lado. *(arrastrandole hacia un bastidor.)*

CAR. Quién es este hombre que tal poder tiene sobre mí?

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA MARIA, GUILLERMO, el CAPITAN y Criados.

GUI. En esa bocacalle nos espera el coche. Valor hasta allí, esposa mía.

MAR. Ah! me muero, pero he salvado á mi hijo! *(desaparecen por el bastidor frontero á la puerta de la iglesia.)*

ESCENA V.

EL SOLDADO, TIBURON, CARLOS, y DOÑA BARBARA.

CAR. Cumplid vuestro juramento.

SOL. Yo os proporcionaré la llave de la puerta del jardin de la casa de ese hombre. Venid conmigo y os diré cómo podemos verla ó moriremos juntos.

CAR. Vamos! *(vanse.)*

TIB. Yo como siempre... á proteger la retirada. *(vase.)*

BAR. Yo á averiguar el paradero de mi desventurado esposo.

FIN DEL CUADRO SESTO.

CUADRO SETIMO.

LA PUERTA DEL JARDIN.

Un frondoso jardin: á la derecha una pequeña puerta, un banco de piedra á la izquierda: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, solo.

No parece sino que la fortuna se ha propuesto favorecerme en todo cuanto emprendo. Hace diez años que era simple empleado en una casa de comercio, despues de haber gozado de las comodidades de una mediana riqueza, cuyos últimos restos se llevó un caballo de copas. Desde entonces todo me ha salido bien. Aquel hallazgo que tuvo fué la base de mi nueva fortuna. Lo único que viene á arrebatarne el sosiego de cuando en cuando, es aquella maldita cartera que perdí sin saber dónde, y la cual contenia una carta dirigida á mi por el otro compañero mio en la casa de comercio y en todas las batallas de mi azarosa vida. Eh! quizás aquella cartera no cayó en manos de nadie, y ademas, la carta estaba escrita en taquígrafía y casi nadie... En fin, loco soy en pensar en esto despues de catorce años. Entreguémolos á la alegría y á la satisfaccion que hoy deben reinar en mí. Los franceses me han hecho temible y poderoso, y esa hermosa mujer acaba de hacerme millonario y noble. Cuánto tiempo habia ya que anhelaba la posesion de un título! Desde que vi á la condesa de Torrefiel, muger de 36 años, hermosa y solterotodavía, me pareció la muger que yo necesitaba. Con un título bello, con una inmensa fortuna, y luego aislada y de costumbres santas, segun decian sus vecinos... Pero ese jóven... Y qué voy á hacer con él? ¿Darle libertad? Bien sé que el general francés no sospecharia de mí, mas á decir verdad, no me pesaria que ese hombre sufriera como los demas conspiradores la pena capital... Si, si; esto me parece lo mas acertado. Hola. Pedro? *(llamando á un criado que habrá permanecido en el fondo.)*

GUIA. Señor.

GUI. No me has dicho que la señora condesa se hallaba en el jardin?

GUIA. Estoy seguro de haberla visto bajar á él.

GUI. Sigueme. *(vanse.)*

ESCENA II

EL EMBOZADO, CARLOS.

EMB. Entrad, ya no hay nadie. *(despues de haber abierto la puerta con precaucion y entrando cautelosamente.)*

CAR. Gracias, amigo mio.

EMB. Silencio. Ya habeis oido lo que han dicho. Vuestra madre se halla en este jardin. Lo que debéis hacer es ocultaros, y esperar el momento en que se halle sola. Mucho os arriesgais al dar este paso, pero yo tambien quiero que le deis... Es preciso. Ya lo sabéis... Yo aguardo detrás de esa puerta, en cuanto deis tres palmadas, entro y conducimos á vuestra madre á la lancha en que Tiburon nos ocultará hasta que hallemos un medio seguro de evasion. A Dios, noble jóven. El cielo os proteja.

CAR. Pero quién sois, vos á quien tanto debo?

EMB. Un infeliz que os pide un abrazo.

CAR. Oh! *(arrojándose en sus brazos.)*

EMB. ¡Hijo mio!

CAR. Si, llamadme vuestro hijo. Yo no tengo padre. ¿Llorais?

EMB. A Dios, Carlos, á Dios! (*vase por la puerta del jardin.*)

ESCENA III.

CARLOS, solo; despues MARIA y GUILLERMO.

CAR. Siento pasos. (*se oculta.*)

MAR. Dejadme, dejadme; no quiero permanecer ni un solo momento á vuestro lado.

GUI. Señora!

MAR. Y Carlos? Me habeis jurado darle libertad en cuanto yo os hubiese entregado mi mano. ¿A qué aguardais?

GUI. Ya os he dicho que era preciso valerse de algun medio extraordinario. Voy ahora mismo á la carcel y veremos...

MAR. Si, corred, volad... y cumplid vuestro juramento. Yo os lo suplico, yo os lo mando. Id, id, no os detengais ni solo instante.

GUI. (Si, voy á que redoblen su vigilancia y á que le pongan en incomunicacion.) Hasta luego, señora. (*vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MARIA, CARLOS.

MAR. Dios santo! El peso de mi desgracia me abrumba. Era preciso salvarle. Y entre su muerte y mi muerte no pude vacilar.

CAR. Madre mia!

MAR. Carlos!

CAR. He sido salvado por un hombre misterioso que me protege como un padre.

MAR. Ah! pero vives, estás libre; déjame que me convenza de tanta dicha! Y yo que!... cuánto he sufrido!... cuánto!... pero mi hijo vive... Mi hijo en libertad!... gracias, Dios mio!

CAR. Todo lo sé, madre mia. Y nunca podré perdonar una debilidad que á los dos nos ha cubierto del mas vergonzoso oprobio.

MAR. ¡Bán á darte la muerte.

CAR. Y qué, no era preferible mi muerte á mi deshonra? No era preferible que muriese bendiciendoos, á que viviese despreciandoos?

MAR. Carlos, te perdono. Yo preferi que vivieses lejos de mi, muy lejos, á que murieses delante de mis ojos.

CAR. Y mi padre! Mi padre!

MAR. Qué pronuncias, desventurado? Su recuerdo debe vivir siempre en nuestra cabeza y en nuestro corazon; pero ni aun entre nosotros mismos debe salir á los labios....

CAR. Huyamos!

MAR. Cómo? No te comprendo.

CAR. Mi bienhechor aguarda detrás de esa puerta una señal mia, y un marinero, amigo suyo, nos conducirá en una lancha á un parage oculto basta que podamos huir.

MAR. Pero y si al salir nos viese alguien? Todavía no ha oscurecido completamente.

CAR. Una dilacion cualquiera seria nuestra ruina. Vamos.

MAR. Vamos, hijo mio; y el cielo vaya con nosotros. (*al dirigirse a la puerta y al ir a hacer la señal convenida, se oye un Pregon que dice.*)

PREG. Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor en la persona de don Alvaro Tellez, por conspirador. Quien tal hace que tal pague.

CAR. Don Alvaro! Oh! nada sabia! Don Alvaro, ese noble anciano! El que debía ser nuestro jefe en la contienda! Oh madre mia! esto es horroroso!

MAR. ¡Hijo, vamos, vamos. (*trémula y llena de espanto.*)

CAR. Dejadme respirar.

MAR. Ay! vamos te digo. (*queriendo arrastrarle hacia la puerta.*)

CAR. Si, pero yo volveré! yo volveré despues; y vive Dios que la sangre de los extranjeros ha de vengar la muerte de ese noble anciano. Vamos.

ESCENA V.

DICHOS, GUILLERMO.

GUI. Señora! (*entrando y reparando en Carlos y doña Maria.*)

MAR. Ay!

CAR. Oh! Bien venido seais! Sois el mas vil de los hombres!

MAR. Carlos!

GUI. Es claro, como le habia yo de ballar en la carcel, si estaba en vuestros brazos? Señora, vuestro esposo os ha sorprendido en los brazos de vuestro amante.

CAR. Su amante! Si, soy su amante, y tú, tú eres su esposo, y ya ves la estrecho en mis brazos. Para lavar esta clase de ultrage, se necesita verter sangre. Toma, infame enemigo de tu patria, (*saca dos pistolas de debajo de su capa y le da una á Guillermo.*) toma verdugo de los españoles. Vengate. Yo he envilecido tu titulo de esposo. Vengate. Yo he burlado tu vigilancia de carcelero.

GUI. Tu vida pertenece al verdugo.

CAR. Oh! eres un cobarde. Pues bien, tu vida me pertenece á mi.

GUI. Os atreveriais?

CAR. A todo, para vengar á esta pobre mujer, á quien has obligado á que te dé su mano con viles amenazas; á todo, para que no se diga que hay un español tan miserable que se pasa al enemigo y lucha contra su nacion. A todo. ¿Lo oyes? Vamos; dispara tú el primero. Qué, te tiembla la mano? Eres tan cobarde que rehusas el duelo que te propongo! ¡Haces bien; un traidor no debe batirse con un caballero.

MAR. Ah! Carlos! ¡picdad!

CAR. Pero no has oido que soy el amante de tu esposa?

MAR. No lo creais, no es mi amante, no.

GUI. Señora...

MAR. Es mi hijo!

GUI. Vuestro hijo!

CAR. Oh! madre mia! (*arrojándose en sus brazos.*)

GUI. Su hijo!

CAR. Si, su hijo! Por eso es preciso que uno de nosotros deje de existir en este mismo instante. No quieres ser el primero? Pues bien, yo lo seré. (*Carlos dispara, pero doña Maria se lanza á él y al tiro.*)

MAR. Oh!

GUI. Me has insultado y no sabes que hay hombres que no perdonan nunca. Voy á ver si yo tengo mejor punteria.

MAR. Oh! primero has de matarme á mi. (*se coloca delante de su hijo.*)

GUI. La bala herirá el primer pecho que balle.

CAR. Oh! dejadme, madre mia. En el nombre de Dios.

MAR. Oh, no!

CAR. Disparad ahora. *(luchan; Carlos detiene con su brazo a su madre apartada de si, y presenta el pecho á Guillermo.)*

GUI. Mal has jugado la partida... Muere!

ESCENA VI.

Dichos, el Embozado.

(Guillermo va á disparar sobre Carlos, cuando se abre precipitadamente la puerta, delante de la cual se hallaba aquel colocado y el Embozado que sale le sujeta el brazo.)

TODOS Ab!

(Cuadro y una breve pausa, al cabo de la cual el Embozado desarma á Guillermo y le hace retroceder hasta el extremo del teatro. Coje fuertemente de un brazo á Carlos.)

EMB. *(arrastra á Carlos hácia la puerta.)* Venid, venid.

MAR. Yo protegeré la fuga de mi hijo. *(arrancando la pistola.)*

CAR. Oh! no! dejadme; mi madre...

EMB. Despues! Mal has jugado la partida... *(el Embozado arrastra á Carlos fuera del jardin. Maria se pone delante de la puerta con la pistola en la mano.)*

GUI. Oh rabia! *(va hácia la puerta con ánimo resuelto.)*

MAR. *(apuntándole con la pistola.)* Atrás!

CRIA. Aquí, aquí ha sonado el tiro. *(entran criados con hachas y armados.)*

GUI. Venid, venid. Un hombre acaba de salir de aquí por esa puerta. Mis riquezas, mi vida al que me le devuelva muerto ó vivo.

MAR. Ay desdichado del que se acerque.

GUI. Os asusta una mujer, cobardes? Pronto ó mi furia...

(Los criados se lanzan sobre doña Maria que hace fuego y hiere á uno. Los demas se lanzan fuera del jardin precipitadamente.)

MAR. Sois un infame. Temblad, que es una madre quien os amenaza.

GUI. Señora, vuestro hijo morirá y vos presenciareis su muerte.

MAR. Maldito seas!

FIN DEL CUADRO SETIMO.

CUADRO OCTAVO.

UNA CARTA EN TAQUIGRAFIA.

Una sala en casa de Guillermo, puerta al foro y laterales; la de la izquierda está cubierta con una gran cortina; sillas y mesa.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, sola, sentada.

Toda la noche en esta mortal ansiedad! Habrá caído mi hijo en manos de sus verdugos! Habrá logrado evadirse á favor de la oscuridad, y con la ayuda de ese personaje misterioso. Cielos!.. Tambien fui yo salvada de un modo semejante cuando ese malvado .. penetró en mi casa aquella noche... será tal vez el mismo hombre el que me salvó á mi y el que esta noche ha arrancado á mi hijo de mano de sus enemigos?

Dios santo! Haced que los dos se hallen en libertad. Una madre muy desgraciada os lo pide de rodillas... Ah! siento pasos... tal vez.... *(corre al foro.)*

CRIADO. Señora, un hombre acaba de traer una carta para vos.

MAR. Dame. *(vase el criado.)* Oh! si serán noticias de mi hijo. *(abre y lee.)* Dios santo! Qué he leído!

ESCENA II.

DOÑA MARIA y GUILLERMO.

MAR. Y mi hijo?

GUI. No sé nada. Mis gentes le persiguen todavía.

MAR. Pero decidme, hombre de maldicion, no me jurasteis darle la libertad?

GUI. No contaba con sus insultos.

MAR. Infame!

GUI. Dejadme, señora.

CATA. Señor, un marinero aguarda abajo, y dice que quiere hablar con vos.

GUI. Que se vaya.

CRIA. Ya le hemos intimado á hacerlo, y ha insistido en su pretension.

GUI. Entonces, echadle á palos.

CATA. Nos ha dicho que pronunciamos esta fecha en vuestra presencia. El 14 de octubre de 1796.

GUI. Esa fecha. Que entre ese hombre en el instante.

MAR. Oh! que voy á saber!

GUI. Retiraos, señora, dejadme solo.

MAR. Oh! apenas puedo andar. *(entra donde está la cortina.)*

ESCENA III.

GUILLERMO, TIBRON.

GUI. Quién será ese hombre y qué vendrá á decirme?

TIB. Gracias á Dios. Mucho tiempo me habeis hecho esperar.

GUI. Quién eres? qué me quieres?... Acaba pronto. *(sentándose con enfado.)*

TIB. *(No la veo. Si le habrán dado mi carta?)*

GUI. Acaba.

TIB. Es vuestra esta cartera? *(sacándola.)*

GUI. Y cómo es que tú has sospechado que fuese mia?

TIB. Os lo diré. Hace mucho tiempo que yo me encontré esta cartera. Vi que no contenía mas que un papel lleno de garrapatos, que no pude comprender, y la dejé olvidada en el cajon de una mesa. Hace unos dias que me dije yo á mi mismo, ¿por qué un pescador no ha de gastar cartera? Y sin mas ni mas la cojo y la destino á mi uso particular. Cuando ayer habiéndola sacado, no me acuerdo para qué delante de un guardia civico, y examinándola, este me dijo. ¿Es tuya esta cartera? Yo respondí que me la habia encontrado; y entonces añadió. Pues bien, puede ser que pertenezca á nuestro comandante, porque aquí en el broche tiene unas iniciales que tambien son las tuyas G. de V. Guillermo de Villareal. Bien puede ser, replegado yo, y aquí me teneis. Es vuestra esta cartera?

GUI. Y has leído eso papel que habia dentro?

TIB. Y quién entiende esos garrapatos?

- GU. Pues efectivamente es mía esa cartera; devuélvemela.
- TIB. Es preciso que me deis alguna señal, porque ya veis... ¿cuándo la perdisteis?
- GU. Hace muchos años.
- TIB. ¿Dónde?
- GU. No lo recuerdo.
- TIB. Y ese papel incomprensible en qué forma está escrito?
- GU. En forma de carta.
- TIB. Y esa carta os había sido dirigida á vos?
- GU. Sí, hombre, sí. Ya ves las señas estan conformes.
- TIB. Sí, efectivamente...
- GU. Pues entonces, dame la cartera y cuenta con un buen hallazgo.
- TIB. Pues entonces, sabed que os he estado engañando soberanamente. (*arrastrando una silla hasta llegar á la de Guillermo.*)
- GU. Miserable! (*levantándose.*)
- TIB. No, no, sentaos. No veis? Yo tambien me siento. (*lo hace.*)
- GU. Voy á llamar á mis criados para que te arrojen por el balcon si no me entregas esa cartera y te vas al momento.
- TIB. No queréis queantos os lea esta carta?
- GU. Cómo! (*volviéndose.*)
- TIB. Sentaos, sentaos por breves instantes. Pero antes, cerrad aquella puerta por la cuenta que os tiene.
- GU. (Oh! si, fuerza es saberlo todo.) (*se sienta.*) Dejad abierta la puerta y hablad sin cuidado.
- TIB. Oh! yo no lo tengo. Os explicaré el arguemento de la carta que es larga en demasia. (*guarda la cartera en un bolsillo de la chaqueta; del otro saca un papel.*) Este es un joven llamado Estevan Diaz que escribe á su compañero de crímenes y de oficina don Guillermo de Villareal, que sois vos. Es el caso que hallándose ambos jóvenes trabajando en su bufete, en la casa de comercio de don Fulgencio Martinez, en la tarde del 14 de octubre de 1796, vieron entrar á su principal con un caballero anciano: aquel abrió la caja de su casa y entregó á este la cantidad de doscientos mil reales en letras á la vista, sobre Cádiz, á donde dijo el anciano que tenia que partir al día siguiente de madrugada. Despidióse del principal que parecia ser un antiguo amigo á quien volvia á ver despues de muchos años, y le dijo que hacia dos horas que habia llegado, y en aquel instante iba á dirigirse á las cabanas de los pescadores. En cuanto ambos hubieron salido, los dos jóvenes, que se hallaban llenos de dendas y en una indignancia vergonzosa... se miraron; hasta que el mas infame de los dos, y este erais vos, dijo. Es preciso que uno de nosotros siga á ese viejo y vea de apoderarse por cualquier medio del dinero que lleva encima; si, replicó su compañero, la muerte es preferible á la miseria. Juguemos á cara ó cruz cuál ha de ser el ladrón. La suerte anduvo diestra y decidió que vos fueseis el ladrón.
- GU. Esperad, esperad que cierre esa puerta; si alguien te oye te va á creer loco. (*cierra.*)
- TIB. Veis como habeis venido á seguir mis consejos? Al otro dia vuestro amigo fue acusado por vos de otros crímenes anteriores; y en el instante fue trasportado fuera de la ciudad.
- Desde el lugar de su destierro, el desgraciado os escribió esta carta, convencido como lo estaba de que vos habiais sido un delator para no compartir con él vuestro robo. Pero no tenia pruebas, todas eran conjeturas. Yo tengo una certeza, porque sé lo que hicisteis despues de salir de la casa de comercio.
- GU. Ya me falta el sufrimiento para oír tantos disparates y voy á llamar...
- TIB. Es preciso que me escuchéis hasta el fin. (*Tiburón le pone un cuchillo al pecho.*) Pues señor, pronto ballasteis al desconocido, le seguisteis, pero aun cuando la noche iba acercándose rápidamente, y como el asesino es siempre cobarde, no ballasteis una ocasion para cometer vuestro crimen. El anciano llegó á la cabana de un pescador, y entró en ella. Al cabo de una hora visteis salir al pescador, y habiéndolos asomado á una ventana de la casuca, y viendo que el desconocido se hallaba solo, saltasteis por ella, y asesinando á aquel anciano indefenso. (*la cortina se mueve y Tiburón lo observa.*) (Allí está.) Os apoderasteis de las riquezas que llevaba, y huisteis no sin ser visto por un hombre que podria servir de testigo si se llegara á entablar una causa contra vos, y uniéndose al antecedente de esta carta otros muchos que se hallarian de seguro.
- GU. Vamos, y á qué conduce todo ese cuento?
- TIB. No es ese el tomo que os conviene. Sabed que la justicia civil está avisada, que ha visto esta carta y oído la declaracion de ese testigo, y que se ha decretado vuestra prision para formarnos causa.
- GU. Cómo! qué dices? será cierto? (*perdiendo su sangre fria.*)
- TIB. Hola! Parece que os es inmutais?
- GU. Os habeis atrevido...
- TIB. Pues no deciais que era un cuento? Y sabeis quién era el anciano á quien disteis muerte? El conde de Torreñiel, y vos os llamais ahora el conde de Torreñiel.
- GU. Cielos! Será posible? Pero es cierto que habeis avisado á la justicia? Si todavia no lo habeis hecho, podemos arreglar ese asunto entre nosotros. No porque yo tenga nada que temer, porque ya lo sabeis, yo puedo ahora mucho, y ademas, al fin se veria que yo era inocente; pero evitemos un escándalo.
- TIB. Ya es tarde, señor conde de Torreñiel, la justicia está detrás de aquella puerta, ha oido nuestra conversacion y está enterada de la verdad. (*señalando al foro.*)
- GU. Me habeis vendido. (*corre al foro y abre la puerta con violencia; nadie hay detrás de ella. Tiburón suelta una carejada.*)
- TIB. Ja! ja! ja! Que inocente sois; no veis que entonces habia trabajado de balde, sacando mil conjeturas, por las luces que me ha dado esta carta? ¿No conoceis que lo que he querido, es haceros confesar la verdad, para despues imponeros mis condiciones? Ya veo que no sois tan malo como me figuraba.
- GU. Infame!
- TIB. No se trata ahora de injurias. Por cuánto pensais comprar mi silencio y la devolucion de esta carta?
- GU. Es la mía?
- TIB. Miradlo.

GU. Vamos, di lu cuanto quieres, y acabemos.
TIB. Quiero veinte onzas de oro y crea que no es mucho pedir.

GU. Dadme la carta.

TIB. Cuando me deis el dinero.

GU. Voy á buscarlo.

TIB. Aquí os aguardo.

GU. Enhorabuena. (Ahora llamo á mis criados y desgraciado de él.)

ESCENA IV.

TIBURON, MARIA.

TIB. Ah! señora! recibisteis mi carta? (á Maria que sale detrás de la cortina.)

MAR. Ya lo veis, todo lo he oido, todo.

TIB. Fernando vive: yo le salvé milagrosamente.

MAR. Cielos!

TIB. Y está aquí.

MAR. Oh!

TIB. Por dónde puedo salir sin que ese malvado me vea!

MAR. Entrad por ese gabinete, salid por aquella puerta, y enfrente vereis la escalera. Bendito seas.

TIB. Señora, estoy recompensado. Si creeria ese necio que yo iba á esperarle! Se conoce que el pobre no sabe lo que es un Malagueño.

ESCENA V.

MARIA, despues GUILLERMO y soldados.

MAR. Dios santo! que hermosa es tu justicia, cuan brilla por fin. Fernando vive, salvad á mi hijo. Completad vuestra obra.

GU. Apoderaos de ese hombre. Cielos! (á los soldados.) Señora, no habeis hallado aquí á un hombre?

MAR. No os acerqueis. Vuestras manos están aun rojas con la sangre de mi padre.

GU. Nos habeis escuchado?

MAR. Asesino!

GU. Pero ese hombre! Ese hombre! registrad toda la casa. (vanse los criados.)

MAR. Es inutil, ya se halla lejos de aquí. No os acerqueis. Voy á huir lejos de ti para siempre, monstruo del averno!

GU. Estais loca, señora! (asiéndola de una mano.)

MAR. Oh! dejame, el contacto de tu mano, hiela mi sangre. Dejame, quiero huir de ti, reunirme con mi hijo!

GU. Con vuestro hijo!

GU. Señor, don Carlos Velazquez ha sido ballado y hecho prisionero.

GU. Dejados. Lo veis, señora! (vase el capitán.)

MAR. Asesino!

GU. (obligándola á caer de rodillas.) Si; lo fui de vuestro padre y lo seré de vuestro hijo. (doña Maria cae al suelo dando un grito y Guillermo se ale precipitadamente.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO NOVENO.

LA CARCEL.

ESCENA PRIMERA.

CARCELERO y PRECIENCO.

CARC. Ye vu repito que entreis danse cuarto.

PRE. Pero si yo no he hecho nada para estar encerrado.

CARC. E bien, puesto que no hay otro medio pur vos hacer antrar un reson, sabed que vos et sentensiado á morte.

PRE. Cielos! Es cierto lo que decis?

CARC. Siertisimo.

PRE. No es posible! vos quereis engañarme.

CARC. Hace poco que ha estado isi el gefe de la gard civica et nus ha presentado dos órdenes que acababa de firmar Mosiu le Gobernador; dan la una se decreta la morte de set Carlitos que nus á doné tan que baser, é la vuestra dan l' otra; dentro de poco vu le sabré de boca du meme juez.

PRE. Oh! terquedad de mi desastroso sino! Morir! morir! Y decidme, no ha venido á buscar-me una señora, chata, baja y colorada?

CARC. U mosiu; ella es venida tres veces.

PRE. Toma este bolsillo y esta carta, guardate el primero y llegue la segunda á su destino.

CARC. Ye le sento bocú, pero...

PRE. Nada de peros, amigo mio. Ven lástima de mi.

CARC. Bien, yaced á votr súplica, pero...

PRE. Me estás asesinando con tus malditos peros.

CARC. Juré maa que persona sabrá que ye me sui prestado á vos baser un servisio semblable.

PRE. Ye le juro.

CARC. Entonces donne maa la carta.

PRE. Toma la carta y el bolsillo.

CARC. (tomando el bolsillo.) Oh! non cruyé pá que lenteres solamente ma movido!...

PRE. Ya se yo, que solo tu buen corazon...

CARC. Es claro.

PRE. Pero mira; cuando venga esa persona la introducirás en mi cuarto, y dejarás que yo me despida de ella para el otro mundo...

CARC. Pa posible.

PRE. Devuélveme entonces la carta, porque el message es inutil.

CARC. Goman! devolver á vos...

PRE. Vamos, hombre, no seas de hierro como tus cerros y tus llaves. Ten lástima de un hombre, que dentro de poco se verá pataleando por esos aires. (llorando.)

CARC. Votr duler me connueve, pero...

PRE. Toma, y no hay mas que hablar; tu buen corazon me responde de todo. (dándole un duro que saca del bolsillo.)

CARC. E se pur una muger... Eh? (mirando el sobre.)

PRE. Si; para una muger, que es mi muger y la muger mas infame de todas las mugeres.

CARC. Se bian, me fett maa le favor d'antrar dan votr cuarto! Can giñorraba le destinó que vos eté reservado, ye puvé consentir en quo vu

permanesieis dan set sala de paso, donde acostumbran lo yueces á lir les santensias á les reo, me il ne me pa posible deyá san fallar á mon debruar...

PRU. Entiendo: encerradme, pues tal es vuestro terrible deber...

CARC. Se nes pa ma culpa.

PRU. Oh! sino existiesen las mugeres, los maridos serian mucho mas dichosos. *(entra en el cuarto y cierra.)*

ESCENA II.

CARCELERO.

Diabl, ye ne pa perdido la yurnada. Pobrombre él es muerto de miedo. Oh! la cosa nes pa pur meo. A van tu es preciso faser se que ye lui é prometido. *(se acerca puerta foro y llama.)* Ola! Pedro! Toma set *(á Pedro que sale.)* carta é llevala á donde el sobre dice: Vuayon apresan se que set bursa contiene. Ah! *(repara en el juez que entra y guarda el bolsillo.)*

ESCENA III.

CARCELERO, EL JUEZ seguido de guardias, luego PRUDENCIO y en seguida CARLOS.

JUEZ. Conducid á mi presencia á don Prudencio Medrana.

PRU. *(el carcelero abre la puerta de la prision de est.)* Este es el último instante de mi vida.

JUEZ. Escuchad. *(lee.)* «En el nombre del rey nuestro señor don José Bonaparte I. Se os condena á ser ahorcado por el doble crimen de haber conspirado contra los indisputables derechos de S. M. y de haber protegido la fuga de Carlos Velazquez, uno de los gefes de la conspiracion»

PRU. Conque ahorcado! eh? *(llorando.)* Ahorcado! Decid á los... que me han... condenado... que no tienen entrañas... que yo no he cometido ninguno... de los dos crímenes... que se me imputan...

JUEZ. Volved á vuestro aposento. Yo no debo oír ninguna de vuestras quejas

PRU. *(ahogado por los sollozos.)* Bien, moriré, puesto que no tengo otro remedio... pero la justicia... del que todo lo vé, no dejará sin castigo á mis verdugos... si... señor, yo soy inocente... inocente como una criatura, pero me condenan... por razones que yo me sé... Ahorcado como un asesino... como un bandido... Oh! lo repito, no tienen entrañas... los que... los que... me... han... condenado.

JUEZ. Conducidle á su encierro. *(al carcelero.)*

PRU. Un poco de paciencia, señor Juez; pronto se cansan los oídos de la justicia. Justicia! En el mundo ya no lo hay, si la hubiera no me ahorraría á mí, sino á mi muger.. Oh! vamos.. vamos. *(entra en el cuarto, el carcelero cierra.)*

ESCENA IV.

JUEZ, CARCELERO, guardias, luego CARLOS.

JUEZ. Ahora necesito ver á Carlos Velazquez. *(abre el carcelero la puerta de este.)*

CAR. *(riendo al juez.)* Qué me quieris? Ah! dispensad, caballero! cuando gústeis, ya os escuchó.

UN SOL. *(Carlos!)*

JUEZ. *(lee.)* «En el nombre del rey nuestro señor José Bonaparte I. Visto cuanto resulta de la causa in-truida contra Carlos Velazquez, acusado de conspirador contra los indisputables derechos de S. M. Y visto lo dispuesto en las leyes, en la ordenanza general del ejército, en los bandos publicados por el señor gobernador de la plaza, hallamos que debemos condenar y condenamos á Carlos Velazquez á la pena de ser pasado por las armas, en la forma que se determina para los traidores.»

CAR. Y no tenéis nada mas que decirme?

JUEZ. Ruega á Dios porque nuestro rey y señor, te perdone tus culpas.

CAR. Para nada necesito su perdon, caballero; si Dios me absuelve

JUEZ. Teneis que hacer algunos encargos.

CAR. Desearía que vos mismo entregaseis esta carta á mi madre. El sobre os indicará... *(dándosela.)*

JUEZ. Os prometo cumplir mi doloroso mensaje, pero os advierto que esta carta tiene que ser antes revisada.

CAR. Era mi último á Dios, y creo que nadie tiene derecho para sorprender las palabras que un hijo dirige á su madre, en su hora postrera. Dadme la carta. *(la rompe.)*

JUEZ. Qué haceis?

CAR. Cual es la hora fijada para mi muerte?

JUEZ. Las ocho de la mañana que va á empezar.

CAR. *(con calma.)* A dios caballero, nada me resta que decirnos. *(Oh! madre mia! madre mia!)* *(entra en el cuarto, el carcelero cierra su puerta.)*

ESCENA V.

UN SOLDADO, y el CARCELERO.

CARC. Qué, tu restas?

SOL. Sí, quiero celebrar contigo la muerte de esos perillanes, pagándole la apuesta que me has ganado.

CARC. Una apuesta; ye ne man recuerdo

SOL. Y puesto que hemos de estar en vela toda la madrugada, la pasaremos juntos calentándonos el estómago con unos buenos tragos.

CARC. A la bon hora; me ye te repito que ye ne man recuerdo.

SOL. Hombre, hace dos días que te aposté dos ducados á que no volvíamos á tener ningún reo lo menos en medio mes; y mi buena suerte ha querido que dentro de una hora vaya á despacharse á ese don Alvaro, gefe de una conspiracion, y que esta noche se leyesen sus sentencias á otros dos.

CARC. Sanybl! Tu ha perdido la cabeza!

SOL. Oh! si no te acuerdas, tanto mejor para mí. A Dios.

CARC. Eh? Aten un poco. Petetr que ye sua. *(Puesto que ye sui convidado...)*

SOL. *(Tú si que has perdido la cabeza.)* Conque enviamos por algun refrigerio?

CARC. Como tu quieras!

SOL. Bien, llama á alguno de tus dependientes, le diremos que nos traiga un par de pares de botellas.

CARC. Pedro! Pedro! *(va á la puerta del foro y llama.)*

PRU. *(sale.)* Qué mandais?

CARC. Ese señor tiene quelque cosa que decirte

SOL. Toma, corre á la aberna de enfrente, y di que te den las quatro botellas que un soldado acaba de dejar separadas.

CARC. Pero á esta sala? *(dándole el dinero.)*

SOL. Si, es la mas abrigada de todo el edificio. Si alguien viniere, tu quedas en el encargo de avisarnos. *(á Pedro)*

PED. Está bien. *(vase corriendo.)*

CARC. Eres le diabl meme.

SOL. Sentémonos, Tourpierre.

CARC. Sentémonos.

SOL. Vamos, qué piensas de nuestros dos prisioneros?

CARC. Yo pienso quil son de fripones. Atreverso á conspirer contra nu.

SOL. Efectivamente, es un atrevimiento que no se concibe! Querer hacer frente un pueblo desarmado y educado en la paz á un ejército fuerte y aguerrido!

CARC. Tu has hablado com español que tu eres. Ne consit pa dan eso atrevimiento, si no dan gun francés vale pur trant españoles.

SOL. Tienes mucha razon.

CARC. Oh! si mua fuera el general no me restaría con vida perro ni gato que hubiese nacido dan set molid terra. Non querer reconocenos como amos. Nus asasiner com chinchés, nus ansepultan dan le bodegás á maniera de toneles Oh! les tontos ne saben quil ne logran pá son objeto, porque francés que muere en España, vuelve á resusitar en frans en suil.

SOL. Pues, para hacerlos el servicio de enviaros á vuestra patria sin necesidad de que os deis malos ratos por el camino, os matan mis páisanos. Sino, como era posible...

PED. Aquí está esto. *(pone cuatro botellas y unos vasos encima de la mesa.)*

CARC. Piensa bien dan se que nu tavon encargado. *(vase Pedro.)*

SOL. Pues señor, bebamos. *(llena los vasos.)*

CARC. Por mi patria!

SOL. Por la mia!

CARC. Ques que tu dites?

SOL. Por la tuya he querido decir.

CARC. Eso es otra cosa. De van mua, persona brinda mas que pur Frans, pur la ruina de España. *(habrá llenado los vasos)*

SOL. Bien dicho, por la ruina de España.

CARC. Tres bien.

SOL. Y no es malo el vinillo.

CARC. Il é tre buenó, é com ye ne sui pá acostumbado á él, se me sube á la cabeza.

SOL. Bebamos. *(volviendo á llenar los vasos.)*

CARC. *(beben.)* Por la morte de esos dos fripones.

SOL. Por su muerte. Y á proposito de esos perillanes, sabes que me han movido á compasion los pocos años y el apacible rostro de uno de ellos?

CARC. Compasion pur un enemí. Ya mé. Llena set vaso.

SOL. Morir tan joven! Desgraciado!

CARC. Oh! de lamentasion. Que somell.

SOL. Vamos, no quieras aparecer peor que lo que eres en realidad. Si en tu mano estuvieses salvarle...

CARC. Ye ne le salvaria pás. Pero cállate, que ye me duermo.

SOL. Y si hubieses un molin y quisiesen arrancártelo por fuerza?

CARC. Me malarían avan que conseguirlo; á bien quan graun frans habia de resucitar.

SOL. Y si te ofreciesen una gran cantidad...

CARC. On ne ma blanda á mé com dladivas. Ye un corason aprueba de bomba. *(durmiéndose.)*

SOL. Conque solo la astucia!. *(cansigo mismo.)*

CARC. *(oyendo.)* E quien engaña á en fransé, é suntu á en fransé com mua?

SOL. Es cierto. Vamos otro trago.

CARC. Oh! non. Ye trop bebido.

SOL. Como! consientes en que un español te gane á beber?

CARC. Oh! nom. Sanyble? Venga du vino. *(casi dormido alarga el vaso.)*

SOL. Vamos á ver quien se bebe mas vasos seguidos.

CARC. No ha de quedar la partida pur en fransé. SOL. Pues á ella.

(El soldado llena vasos que Tourpierre bebe luchando con el sueño, pero que el soldado arroja por atras de la espalda com disimulo.)

CARC. Sanyble! Unayon! Conque tu desias que astusia... Engañarme á mi! Oh! tu no sabes pas se que ye sey.

SOL. Oh! si: lo sé perfectamente.

CARC. Diabl! se vino mabrasa l' estomac.

SOL. Es esclente. *(llenando los vasos sin cesar.)*

CARC. Eh! para un poco

SOL. Qué? Te das por vencido?

CARC. Non, me los mua respirer.

SOL. Mira, yo sigo bebiendo. Mira.

CARC. Pues echa aunque reviente.

SOL. Así me gusta. *(beben.)*

CARC. Engañarme á mi. Me bas dejado petrifid; caramba! Ye ne puedo mas. Pero dónde te cabe tanto vino? Yo te declar vencedor, é déjeme dormir. *(pone los vasos encima de la mesa y reclina la cabeza en sus manos.)*

SOL. Duermo enhorabuena.

CARC. Oh! ye perd la cabeza Ye me sin mareado. *(pauza Tourpierre queda completamente dormido.)*

SOL. *(se levanta.)* Eso se pasará con el sueño. Carlos! Carlos! Es fuerza que le hable á toda costa. Con que placer daría mi vida por la suya! Oh! Dios no lo consentirá, que se consume un crimen tan horroroso. *(oyendo roncar á Tourpierre.)* Este idiota se ha dormido ya. Por fin logré mi objeto. *(se acerca de puntillas al carcereiro y le quita el llavero que lleva á la cintura.)* Ah! ya está aqui.

CARC. *(soñando.)* Engañarme á mi!

SOL. Está soñando. *(vuelvese como creyéndose sorprendido, y dice tranquilizándose.)*

CARC. *(soñando.)* Que ye sui fort viv la Frans.

SOL. Oh! dicha! esta es! *(saca una llave del llavero y la guarda)*

PED. *(sale)* El; señor Tourpierre? Calla! está dormido. Eh! Despertanos.

CARC. Eh! Quesque tu quieres? *(despertándose sobresaltado.)*

PED. La señora á quien llevé antes la carta está ahí y pregunta por su marido...

CARC. Son marido, eh? Son marido! Bien. *(vuelve á dormirse.)*

PED. Pero, qué la digo?

CARC. Pero á quién?

PED. Toma! A esa señora que está esperando.

CARC. É que es se que quiere set señora?

PED. Pues no lo he dicho ya!

CARC. Combian de lusesitas. Qué gana tengo de matar á todos tus paisanos.

BAR. (entra con Pedro.) Conducidme al aposento de mi marido.

SOL. (Cielos! Y el llavero que está aun en mi poder.)

CARC. Ensuit! Vos estar tre bonita. Diable! (va á levantarse y cae en la silla.) Ya se vé, la mala noche. Pero y mun llavero? (vacilando se levanta al fin y va al cuarto de Prudencio.)

SOL. Tómallo. Se te cayó al suelo cuando estabas durmiendo, y yo lo recoji.

BAR. Vamos, vamos, daos prisa.

CARC. Eh! Mosiu Prudensio, aqui teneis á votr epusa.

PRU. (asomando la cabeza y cojiéndola de la mano.) Ah! por fin te pillé. Por lo menos tendré el placer de que nos ahorquen juntos.

CARC. Es preciso que yo me acueste un momentito. Brrr... Que ye sui forte. Viv lamperer! Viva Frans! (sale cantando la marsellesa y apoyándose en cuantos objetos halla al paso.)

ESCENA VI.

SOLEADO, solo, en seguida MARIA, luego CARLOS.

SOL. Gracias á Dios! En primer lugar cerremos esta puerta... Si nos sorprendiesen... Por él temo, por él... Pero no hay remedio, es preciso arriesgarlo todo. Dios no nos abandonará....

(Va á abrir la puerta del cuarto de Carlos, cuando se oyen golpes á la del fondo que él acababa de cerrar. El Soldado se vuelve rápidamente.)

Oh! Y he de ver deshacerse todas mis esperanzas. Desdichado de mi. (abre la puerta del fondo y aparece Maria.) (Ella!)

MAR. Aquí me han dirijido desde abajo. Me han dicho que aqui se hallaria el carcelero... Sabeis vos... Traigo una orden del gobernador para que se me permita hablar con Carlos de Velazquez, á cualquiera hora que sea.

SOL. Señora, yo puedo traer á Carlos á vuestra presencia.

MAR. Hacedlo y Dios os lo premie. (el Soldado abre la prision de Carlos; este aparece.)

SOL. Salud. Aquí le teneis, señora.

CAR. Madre mia! (se abrazan.)

MAR. Hijo de mi corazón!

CAR. (habiendo reconocido al Soldado.) Pero vos aqui... No os prendieron tambien?

SOL. Sí, pero logré escaparme en el momento mismo.

CAR. Y qué haceis aqui?

SOL. Velar por vos. Os dejo, pero volveré pronto. Tengo tambien que hablaros. (vase cerrando la puerta del fondo.)

MAR. Carlos! Carlos! Si supieras lo que te voy á decir... No sabes... (el Soldado vuelve, abre la puerta y observa.)

CAR. Hablad, madre mia!

MAR. Negra, muy negra es nuestra situacion, pero mis labios no saben decirte mas que tu padre es inocente.

CAR. Oh!

MAR. He visto las pruebas!

CAR. Padre del alma!

MAR. Quieres saber quién fué el asesino del mio? Mi esposo, tu segundo padre Guillermo de Villarreal.

CAR. ¡Callad! ¡callad! Esto es horrible! Y sin embargo, al saber que mi padre es inocente, no sé lo que pasa por mi corazón. Inocente... Oh! Yo lo sabía desde hace mucho tiempo. Mi padre no podia ser un asesino! Oh! si ahora pudiera estrecharle entre mis brazos. Pero muerto, muerto!

MAR. No, no ha muerto, ¡vive... se halla en esta misma ciudad.

CAR. Aquí. (pausa y se pasa la mano por la frente.) Madre! qué sospecha. Oh! mi sangre es de nieve. ¡Habeis visto al hombre que estaba aqui?

MAR. Sí. Habla.

CAR. Ese hombre es mi sombra hace algun tiempo... Dos veces me ha salvado la vida espionando la suya, y luego aqui... en mi corazón...

MAR. Y tal vez es el mismo que se hallaba oculto aquella noche en mi casa y se arrojó sobre Guillermo. Hijo! Hijo!

CAR. Estais segura de que vive, de que se halla en esta ciudad?

MAR. Me lo ha dicho el marinero que le salvó milagrosamente.

CAR. Madre... Pero visteis al hombre que estaba aqui?

MAR. Oh! has hecho que se apodere de mi alma la sensacion que agita la tuya. Dios eterno, ten compasion de nosotros!

CAR. Ese hombre es mi padre!!!

FER. (se adelanta conmovido en estremo, y abriendo los brazos.) Carlos! Maria!

CAR. y MAR. Ay! (se arrojan en ellos.)

FER. Prendas de mi alma!

MAR. Fernando!

CAR. Padre mio! (gran pausa interrumpida por los sollozos.)

FER. Sí, tu padre desdichado, que entró en aquella funesta cabaña, y ballando en ella un moribundo, corrió á arrancarle del pecho el acero que le habia dado muerte; pero aquel hombre ya no veia y me creyó su asesino. Asesino me llamaron mi amada y mi padre; todo me condenaba: ¿cómo justificarme? Esta horrible idea me volvió loco, y quise morir; pero la providencia me salvó, y hui á lejanos países; el huracan del destino me ha arrastrado como á hoja seca desprendida de un arbol por casi toda la faz del mundo. Tu padre, hijo mio, que ha vuelto al fin y ya puede presentarse á vuestros ojos, porque ya no le creeis un asesino. Pero cómo os hallo? Tú, Maria, eres la esposa del mas vil de los hombres. Tú, Carlos, dentro de poco... ¡Ah! Misericordia, Dios mio! misericordia!

MAR. Fernando!

CAR. Fuerza es que lo sepas. Tu hijo está sentenciado á muerte.

MAR. Ah!

CAR. Madre, lo quiere el destino.

MAR. Tú morir! Fernando, yo no quiero que muera, es preciso salvarle. Si nuestro hijo...

(Oyense rumores de pueblo en la calle, corre Fernando á la ventana y Carlos le imita.)

FER. ¡Callad! Qué significa... un inmenso gentio rodea la carcel.

CAR. Ah! es que van á sacar un reo. ¡El es! ¡El es!

(Oyese la marcha fúnebre del tambor.) Don Alvaro Tellez, el noble anciano, el martir de la libertad. De rodillas, de rodillas.

(Carlos se arrodilla y levanta las manos al cielo. Fernando permanece de pie. Doña María se cubre el rostro con las manos.)

FER. Hijo desventurado!

(El tambor se va alejando pausadamente hasta que deja de oírse.)

MAR. Y mañana, quizá dentro de breves horas, tú también... Oh! no, yo quiero! es imposible!

FER. Tengo una esperanza... Escucha, Carlos, escucha. (Carlos se pone de pie, su padre le ase de una mano.) Todos tus compañeros en la conspiración que intentabais, están avisados; el pueblo también te complace. Mira lo que he resuelto. Cuando hayas llegado al lugar en que hayan de poner término á tu existencia, esclama con robusta y elevada voz, Viva la Independencia y mueran los franceses. Todos estamos allí, y yo te aseguro que el pueblo se alzaré como un gigante de cien brazos para salvarte. La tropa que te haya conducido será puesta en dispersion, y yo, que no te perderé de vista, protegeré tu fuga en medio de la confusion, y el cielo nos proporcionará un medio de que los tres hubieramos á un suelo extranjero, donde podamos ser tan felices como desgraciados hemos sido. Es mi última esperanza. Es preciso probar este desesperado recurso.

CAR. Yo no puedo consentir en dar esos gritos.

MAR. Cómo! Qué dices?

FER. Las mismas palabras pronunciadas por otro se perderían en medio de la confusion, y serían despreciadas.

CAR. Pensad en lo que me proponeis. Por salvar á vuestro hijo privaríais á cien padres de los suyos?

MAR. Oh! no quiero pensar; quiero que vivas.

CAR. Si, ese es el lenguaje de una muger; pero vos que sois mi padre...

FER. Tú lo has dicho, soy tu padre. Una vez escapado el espanto entre los soldados franceses, la huida sería su recurso, entonces sin desastres, sin sangre.

CAR. Vos no podeis creer eso...

FER. Oh! tan joven! Piensa en esto, Carlos. Piensa en la muerte que te aguarda.

MAR. Oh! si, eso es horrible. Carlos, eres joven y hay dos corazones en el mundo que solo laten por ti, y esto es mucha felicidad. Si murieses porque Dios te llamase á si, en los brazos de tus padres... horrible sería perderte. Pero piensa que no es esto. Es ver en derredor tuyo, sobre tu cabeza, en las calles, en los balcones una inmensidad de gente que se agita, que se oprime, que se eboca en todos sentidos, que grita. «Ya se acerca. El es! Vedle!» No oír luego sino un silencio que hace adivinar el del sepulcro, caminar luego muy lentamente para llegar muy pronto... Oh! lo ves! ya ha llegado, aquí el confesor, allí las mortíferas armas... luego arrodillarse... luego orar... y luego... y luego... (como si efectivamente oyese la denotación de las armas de fuego.) Ay! si, si. Esto es horroroso, muy horroroso! (cae de rodillas á los pies de su hijo.)

FER. Hijo! hijo mio! (abrazándole.) es preciso que nos salves á nosotros.

CAR. Ah! padres míos! Qué me pedis?

MAR. Hijo!

FER. Carlos!

CAR. Ah! no, por vosotros mismos vencería mil franceses, pero el infierno abortaría otros mil para venceros á vosotros. Y creéis que podría yo vivir en un pueblo extranjero despues de haber causado la muerte de mis compatriotas? Oh! no! Los gemidos de las madres viudas y de los hijos huérfanos llegarían hasta mi oído, y las olas del mar se presentarían á mis ojos rojas con la sangre de mis víctimas. Yo no soy un cobarde que inmola á sus amigos. Soy un caballero que sabe morir! (doña María que ha estado de rodillas durante esta relacion se levanta sollozando.)

MAR. Muere, pues es preciso, nosotros te seguiremos al sepulcro.

CAR. Abrazadme, padres míos, abrazadme, quizá este sea nuestro último abrazo.

FER. Ah! si! (se abrazan. Pausa al cabo de la cual se oye ruido de pasos.)

CAR. Ois? Alguien viene. A Dios!

FER. Si, entra, no lo perdamos todo de una vez. Yo espero todavía... (entra Carlos en su aposento y Fernando cierra la puerta con llave.)

ESCENA VII.

DOÑA MARÍA, FERNANDO, GUILLERMO, el CARCELERO y guardias.

(Guillermo reparando en María. Fernando en cuanto le ha visto se ha retirado al fondo. El Carcelero empieza á probar llaves en la cerradura de la puerta del calabozo de Carlos.)

GU. Me ha dicho el gobernador que no ha podido menos de daros una orden para ver á vuestro hijo. Le he preguntado al carcelero, y sé que no lo habeis logrado todavía. (Fernando hace seña á María de que no le desmienta.) Y tengo el placer de anunciaros que ahora le vereis.

CARC. Dónde le echado yo la llave de esa puerta?

FER. Trae, el sueño te turba la vista.

(Coje el llavero de la mano del Carcelero, introduce en él la llave del cuarto de Carlos y abre la puerta.)

GU. Justamente van á llevarle á la capilla. Ya sabreis que á las ocho de la mañana será fusilado.

CAR. (sale de su encierro y vé á Guillermo.) Oh qué quereis?

GU. Quieren llevaros á la capilla.

CAR. Oh! entonces, vamos.

(Carlos sale seguido de los soldados, María cae de rodillas cubriendo su rostro entre las manos, y lanza un profundo gemido que revela toda su inconcebible angustia. Guillermo la mira, y al fin dice con irónica sonrisa.)

GU. Ya era tiempo de vengarme. (vase.)

CARC. Hagamos salir á esta muger no se le ocurra á Mosin le comandant ver al señor Prudencio. (abriendo la puerta del cuarto de Prudencio.) Salid, señora. (sale doña Bárbara.)

GU. (dentro.) Vienes ó no, carcelero del diablo? CARC. Ves. Es preciso que yo siga al preso. (á Fernando.) Hazme el favor de serrar tu set puerta. (vase corriendo.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, MARÍA, DOÑA BARBARA y en seguida PRUDENCIO.

MAR. Oh! las fuerzas me fallan para sufrir.

BAR. (*reconociendo á doña Maria.*) Cómo! Sois vos, señora? Qué tenéis?

MAR. Van á dar la muerte á mi hijo.

BAR. Nada temais.

MAR. Que dices, que nada tema? habla.

FER. Si, hablad.

BAR. Mi marido tambien está sentenciado, y ya veis, yo en la vida he estado mas contenta.

MAR. Espílicate.

PRU. (*sacando la cabeza.*) Mi puerta se ha quedado abierta. Vearaos! Huy! (*al ver la gente.*)

BAR. Sal, Prudencio, sal, ven aqui. (*Prudencio obedece.*)

PRU. Cómo!

BAR. Escuchad. (*saca una carta.*)

PRU. Cómo, vas á leer y delante de este hombre.

MAR. Calla, Prudencio, calla.

BAR. No seas necio, cuando la señora lo dice... Aquí se encierra la salvacion de vuestro hijo, y de mi Prudencio de mi alma.

MAR. Acabarás? (*con impaciencia mortal.*)

BAR. Oid, y viva la independencia!

PRU. Muger... (*mirando á todas partes asustado.*)

FER. Vamos.

BAR. Y mueran los franceses!

PRU. Oh! tú tienes el demonio dentro del cuerpo.

MAR. Lee por Dios!

PRU. Lo haré yo, porque si no... (*arrancándole la carta.*) pero antes es preciso que sepais...

MAR. Qué agonía!

PRU. Que está es la carta que escribe á mi muger un primo suyo furibundo patriota y guerrillero terrible.

MAR. Lee.

PRU. Allá va. (*leyendo.*) «Prima de mi corazon, te prometí darte cuenta de todo cuando sali de esa para luchar como buen español. Hasta ahora he cumplido mi oferta, porque sé que tú eres una digna patriota, pero hoy me toca participarte una noticia que te va á llenar de gozo. Sabe que el general Ballesteros con su esforzada division acaba de llegar á Cartamo, que mañana á las nueve del día habremos entrado en Málaga con nuestro valiente general, y no ha de quedar en ella un solo francés.

FER. Cielos!

MAR. Será cierto?

BAR. Carta canta. Oh! qué alegría! Viva la independencia nacional!

PRU. Calla, maldita!

FER. Pero á las nueve... las ocho es la hora fijada para la muerte de Carlos. Es preciso que salga un hombre á caballo en busca de esa division. Yo de ningun modo puedo abandonar la ciudad, porque en todo caso...

PRU. Si yo estuviera libre...

FER. Lo estais! Venid conmigo y os diré dónde tenia un caballo preparado por si conseguía... A todo escape... id, decid á Ballesteros que va á ser sacrificada una ilustre víctima de la libertad, y que si él entra en Málaga antes de las ocho de la mañana, evitará su muerte, y el pueblo todo le prestará su ayuda.

PRU. Oh! no sabeis el valor que me han infundido las últimas arengas de mi muger.

FER. Dejemos esta puerta cerrada; cuando vengan á buscaros sospecharán que yo he sido quien os he libertado, pero á mi no volverán á

verme sino triunfador ó muerto. Vamos todos... No perdamos tiempo..

PRU. Si, vamos.

BAR. Cuidado cómo te portas. (*vanse Prudencio y Fernando.*)

MAR. Tú eres justo, Dios mio, ampáranos.

BAR. Valor, señora. Vuestro hijo se salvará y con él la independencia de Málaga.

FIN DEL CUADRO NOVENO.

CUADRO DIEZ.

INDEPENDENCIA Y VENGANZA.

Una gran plaza.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, TIBURON.

FER. Y bien, qué has hecho, Tiburon?

TIB. Desde que nos separamos hace dos horas, no he cesado un solo momento. Pero qué quieres, que te diga. El pueblo está cansado de luchar y sus continuos sufrimientos de algun tiempo á esta parte, le han vuelto insensible. Sin embargo, puedo contar con algunos marineros decididos, que no ven el instante de hacer una pesca por pequeña que sea de esos atunes estrangeros. No concibais por eso esperanza alguna, no, Fernando. Es preciso que empieces á resignarte con la idea horrible de perder un hijo que no ha cometido mas crimen que el de ser buen hijo y buen español.

FER. Sin embargo, el invicto Ballesteros puede llegar y...

TIB. Ya ves, la hora señalada para el asesinato de Carlos se acerca con una rapidez espantosa.

FER. Oh! cada minuto que pasa me roba un siglo de esperanza. Quizá no haya cumplido su promesa el hombre á quien conté el sagrado encargo de avisar á las tropas españolas.

TIB. Por qué no me buscaste á mi?

FER. El feliz éxito de esta esperanza consistia en perder ni un solo segundo; y ademas, tú eras aqui tan necesario como yo. En último caso morirémos á los ojos de mi hijo.

TIB. Si, ya te lo he dicho; tú puedes disponer de mi vida entera. Tú eres toda mi familia, y si tú mueres conmigo, solo mi barquilla lamentará mi pérdida. Pero por qué no quieres que alentemos al pueblo anunciándole la próxima llegada de Ballesteros?

FER. Y quién nos responde de que este secreto se sepultaría como en nuestro pecho en los de millares de hombres, y de que no llegaría hasta los oidos de los franceses?

TIB. Bien dices.

FER. Si Ballesteros no llega, mi hijo muere sin remedio.

TIB. Estoy hecho un alquitran.

ESCENA II.

DICHOS, Y MARIA.

MAR. Oh! al fin os encuentro. He corrido medio loca por toda la ciudad. Decidme, qué debo hacer: esas tropas no llegan, y la hora fatal se acerca á pasos de gigante, y Carlos ya á morir. Y ya lo sabeis, yo no quiero que muera... Ya-

mos, hablad; no os ocurre á vosotros algun medio para salvarle? ¿Por qué callais? No se trata de eso?... Se trata de salvarle, no lo ois? De salvar á mi hijo!

FEA. María!

MAR. Pero qué, ¿habeis renunciado por ventura á toda esperanza? Y no le has muerto de dolor, Fernando? Piénsalo bien... Un joven en la primavera de su edad, dechado de virtud, modelo de nobleza y de valor; y porque á un hombre depravado se le antoja privar á un pueblo de uno de sus mas denodados campeones, á una madre de su único, de su adorado hijo, este pueblo y esta madre han de mirar en silencio la realizacion de una bárbara venganza? No, y mil veces no; aqui está la madre! Duermeme por ventura el pueblo cuando va á morir un hombre por haberle defendido? Ah! no es posible... Y si lo fuese, no importa, yo sola bastaria para arrancar á mi hijo de entre las manos de sus verdugos!

FEA. María!

TIB. Fernando! Está loca!

MAR. (á Fernando.) Pero no; miradlos, ellos son que vienen á salvarle. A las armas, á las armas, españoles!... Una madre llevará vuestra bandera!

FEA. Un medio, Dios santo, para arrancarla á ese espantoso frenesí! Escucha, María; ¿por qué no acudes al general francés? Dícen que es compasivo. Refiérele las maldades de Guillermo, las virtudes de Carlos, descúbreselo todo y quizá... Además, dile cuál es la voluntad de un pueblo entero. Quien sabe, es tan elocuente el dolor... que se pierde en esta última y desesperada prueba.

MAR. Sí, dices bien, corro á pedir al gobernador el perdón de Carlos ó mi muerte. ¿Creeis vosotros que me le concederá? Sí, si me le concederá! Rogad á Dios por el hijo de mis entrañas. Yo en Dios confío. (vase precipitadamente.)

ESCENA III.

FERNANDO, TIBURON, y el pueblo que empieza á acudir á todos lados, pero principalmente á la izquierda, sitio por donde despues ha de aparecer CARLOS.

FEA. Pobre muger! Ya cree seguro su triunfo!

TIB. Quién sabe, Fernando!

FEA. Vana esperanza! Mira, el pueblo acude de todos lados... Y fuerza es confesarlo... sus semblantes demuestran que son buenos españoles... pero sin armas... indefensos.. Oh! imposible... La hora fatal se acerca, Tiburon, se acerca... y esas tropas no llegan, y María no conseguirá nada.

TIB. Dios eterno, salvad á mi amigo, y aunque despues nos traquen las olas á mi y á mi barquilla.

FEA. Qué rumor!.. cuanta gente acude del lado de la carcel... Esa hora va á dar.

HOM. 1.º Pobre joven! Hace tres horas que esos condenados dieron muerte al pobrecito de don Alvaro, que era un santo, y ahora van á fusilar á otro desgraciado por el crimen de ser un digno hijo de su patria.

HOM. 2.º Esto es infame!

FEA. No es verdad que es infame, amigos míos...?

Y si ese joven fuese vuestro hijo, si le hubieseis juzgado perdido por espacio de muchos años...?

MIG. Qué?... vos seriais...

TIB. Si, un padre desventurado que va á ver morir á su hijo.

MIG. Esto ya no se puede sufrir.

HOM. 1.º Dícen que ese joven era muy amigo de don Alvaro y que conspiraba con él.

TIB. Si, amigos míos, es la verdad. Oye, la muerte de don Alvaro verificada hace tres horas, nada mas ha exasperado los ánimos y no tendria nada de particular... (dan las nueve.)

FEA. y TIB. Oh! (este gritó se repite confusamente entre el pueblo; pausa.)

MIG. Ya le han sacado de la carcel, porque, mira cuanta gente viene hácia aqui.

BAR. (entrando.) Y ese maldito Prudencio que no viene?

TIB. Ven, Fernando, ven... (rumor creciente por la izquierda; quiere arrastrarlo.)

FEA. No! quiero darle el último abrazo.

(Ya habrá empezado á oírse la marcha fúnebre del tambor. Un inmenso gentío entra en la plaza por las bocacalles de la izquierda, entre el cual se ven muchos marineros. Al fin aparece Carlos con un sacerdote al lado, y seguido de soldados franceses.)

VOCES. (del pueblo.) Allí viene. Miradle: qué joven es... Pobrecito! son unos infames!

BAR. Malditos franceses! Pero señor, y Prudencio?...?

ESCENA IV.

FERNANDO, TIBURON, CARLOS, etc.

CAR. No la veo! También este consuelo se me veda. Recibe, pueblo amado, mi último á Dios, y vaya á arrodillarse sobre mi tumba una vez cada mes aquel que me compadecia, porque las oraciones del pueblo son agradables á Dios.

FEA. Hijo mio! yo iré á rezar sobre tu tumba... (arrojándose en sus brazos.)

CAR. Siempre vos! Y mi madre? Responded. Quiero abrazarla.

FEA. Está en este momento pidiendo al gobernador tu perdón.

CAR. Solo Dios puede perdonarme.

TIB. Estoy llorando como un chiquillo.

CAR. Oh! yo no soy tan desgraciado en la hora de mi muerte, pues me veo en los brazos de mi padre.

FEA. (Da la señal, Carlos, dad la señal.)

CAR. (No, aguardo con impaciencia la palma del martirio.) Padre del alma, A Dios! A Dios, amigo mio! (á Tiburon) Consolad á mi pobre madre.

FEA. Ya no hay consuelo para ella ni para nosotros.

CAR. No seais tan crueles... Decidme que me olvidaréis... que... No, no, decidme que moriréis pensando en mi.

FEA. y TIB. Carlos!

OTI. Vamos!

CAR. (al pueblo.) Ah! amigos míos, yo queria luchar por vuestra independencia; pero nuestros tiranos han descubierto mis proyectos, y quieren deshonorarme á vuestros ojos con una muerte afrentosa. Guillermo de Villareal es el hombre mas infame de la tierra, huid de él co-

mo de una emponzoñada serpiente. Recibe, pueblo amado, mi postrer á Dios. Y vosotros venid á ver como mueren los españoles por su patria y por su libertad. *(sale seguido de los soldados.)*

ESCENA V.

FERNANDO, TIBURON, BARBARA, Pueblo.

FER. *(al pueblo.)* Deteneos, deteneos y escuchadme. Quereis que ese valiente joven que queria sacrificarse por vosotros, sufra la muerte de un culpado?

POBLO. No, no!

FER. Pues bien; seguidme y Dios nos amparará! *(da algunos pasos y viendo que no le siguen se para.)*

Vacilais cuando se trata de la salvacion de un hombre que vosotros habeis condenado? No teneis armas, bien lo veo; pero cuando el valor inflama á todo un pueblo, las armas son inútiles. Corramos á libertar á nuestro caudillo, y si no lo logramos, si en la contienda sucumbimos, habremos luchado al menos por la santa causa de la independencia y de la humanidad.

TIB. *(á los marineros.)* Si, muchachos, dice bien. La muerte es preferible á la deshonra.

BAR. Yo soy una mujer y estoy pronta á verter mi sangre.

FER. Ah! sois unos cobardes. Pero no veis que yo habré llegado al sitio maldito, que ya estará de rodillas, que quizá ya murmurará las últimas palabras de su oracion. Oh! no teneis entrañas. Yo voy á arrojarme sobre las balas que sean disparadas contra mi hijo y el defensor de mi patria y moriremos juntos.

TIB. Todos moriremos por defenderle.

POBLO. Todos! si, si!

FER. Oh! gloria! Vuelvo á hallaros tal como yo os creia. Benditos seais, si; vosotros teneis sangre española.

BAR. Mueran los franceses!

POBLO. Mueran!

FER. Corramos á salvarle si es tiempo todavía.

ESCENA VI.

Dichos, GUILLERMO, y multitud de soldados franceses.

GU. Apoderaos de ese hombre.

FER. Condenacion! *(los soldados franceses sujetan á Fernando que forcegea con ellos. El pueblo retrocede.)*

GU. Como! el soldado Fernando!

FER. Si. Fernando, de quien habeis sido juguete. Fernando, que ha sabido engañaros... Fernando que os maldice...

GU. Miserable!

FER. Desafío vuestra cólera. Carlos va á morir, y sabedlo. Carlos es mi hijo!

GU. Ah! conducidle á una prision.

FER. Si. llevadme. para qué quiero la vida, para qué la quiero? Para vengarme! si, venganza. Cesa de ser cobarde: manda á estos hombres que me dejen, y cuerpo á cuerpo... con las armas que tu quieras, te haré ver la distancia que hay del asesino que hiere por la espalda, al hombre de honor que lucha frente á frente.

GU. Un duelo! Llevadle... Este hombre se ha vuelto loco... Sufrirás la misma suerte que tu

hijo.

FER. Hijo mio! Oh! es muy justo. El esclavo miserable se arrastra como vil gusano á los pies de su señor, el hombre libre, muere con gloria! Llevadme, llevadme. *(cuatro soldados lo sacan de la escena.)*

ESCENA VII.

Dichos, menos FERNANDO, y en seguida MARIA.

GU. En que consistirá la tardanza del fusilamiento de ese hombre! La descarga debe oirse desde aquí y todavía...

MAR. *(dentro.)* Perdon! perdon! *(sale por la izquierda agitando un pañuelo blanco, corre á la derecha.)*

POBLO. Ah!

MAR. Perdon! perdou! *(trae un papel en la mano.)*

GU. Deteneos.

MAR. Ah! Dejadme, todavía es tiempo; es el perdou de mí hijo!

GU. Aguardad un instante.

MAR. Defendedme, defendedme. *(se oye una descarga lejána.)* Oh!

GU. Estoy vengado!

TIB. Recibe en tu seno, Dios mio, el alma de un martir.

(Vuelve de su estupor, se lanza sobrè Guillermo, le aranca la espada y dice con voz robusta y en estado de frenesi espantoso.)

MAR. A ellos!

GU. Firmes, granaderos. Apunten!

(El pueblo entusiasmado por el grito de Maria ha tomado una actitud amenazadora. Oyense gritos confusos, las campanas tocan á rebato y rompe un prolongado fuego de fusilería.)

GU. Qué significa esto?

UN OFI. *(que llega)* Hemos sido sorprendidos. La division de Ballesteros está dentro de la ciudad.

El pueblo ha tomado parte en la contienda. A vos os toca defender este sitio. *(vase el oficial.)*

TIB. Mueran los franceses!

(El pueblo cae sobre los franceses y traban una lucha encorizada en que toman parte las mugeres. Grupos interesantes. Esto pende de la direccion. Los soldados veneca al fin al pueblo y aquellos amenazando é buriendo á este, forman un cuadro interesante. Guillermo se lanza sobre Maria, la arroja al suelo, y en este instante desemboca en la plaza un tropel de marineros armados, entre los cuales figura Tiburon, y á cuya cabeza viene Fernando; que reparando en el grupo de Guillermo y Maria, se precipita sobre el primero con un cuchillo en la mano.)

GU. Fernando!

FER. Venganza!

(Le hiere, y Guillermo cae muerto. Los franceses animados por un oficial, se arrojan sobre el pueblo y le hacen retroceder: mas al son de una música militar que ya se habrá dejado oír, aparece Prudencia en traje de militar con enormes bigotes y la bandera española. A un lado viene Carlos, con sable en mano, siguelos una multitud de soldados de la division de Ballesteros.)

ESCENA VIII.

Dichos, PRUDENCIA, derecha.

PRU. Viva Ballesteros! Viva la independencia. *(toman en la lucha parte y pronto huyen los franceses.)*

BAR. Esposo mio!

PRU. Málaga es libre!

MAR. Mi hijo libre! Es esto verdad.

PER. Tan verdad como que cuando iban á darle muerte, nos presentamos de improviso, y descerrajamos una buena descarga sobre los soldados franceses.

CAR. Madre mia!

PER. Hijo del alma!

CAR. Los franceses han huido al castillo de Gibraltar.

BAR. Ves como yo te decia bien? No hay nada mas hermoso que luchar por la patria!

PER. Si, pere guarda esos bigotes que han sido mi disfráz y todo mi valor.

MAR. Me parece un sueño. *(entre los brazos de ambos.)*

CAR. La independencia es el alma de los pueblos. ¿Jurais perecer por ella?

PEEBLO. Si, si!

PER. Viva la independencia de España.

PEEBLO. Viva! *(todos se descubren. Carlos levanta la bandera.)*

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE GENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.— Aprobada en sesion del 13 de junio de 1849.— *Baltasar Anduaga y Espinosa.*—Es copia del original censurado.

MADRID, 1850:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

